

El Ruedo

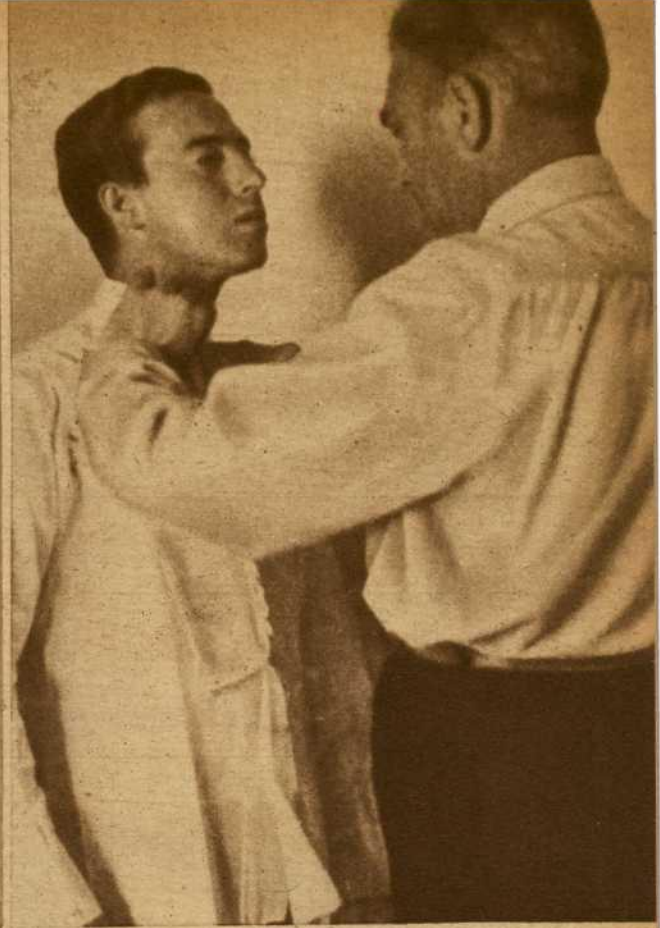
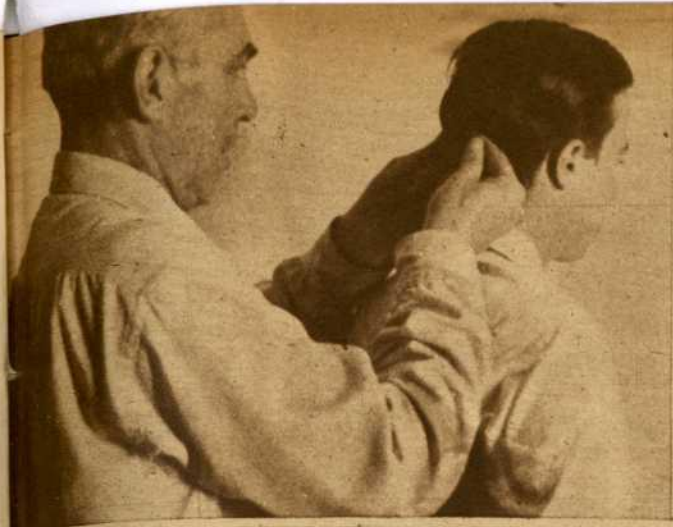


1⁵⁰
Pts

JAAVEDRA

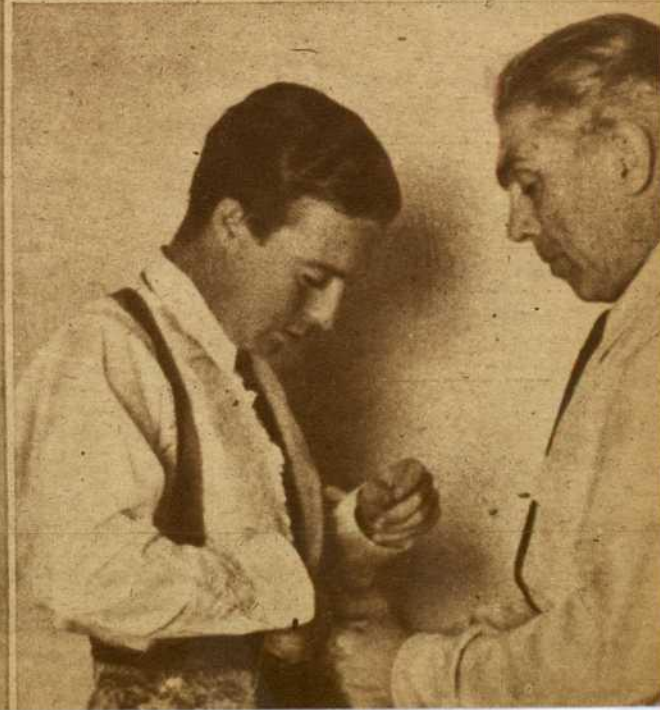
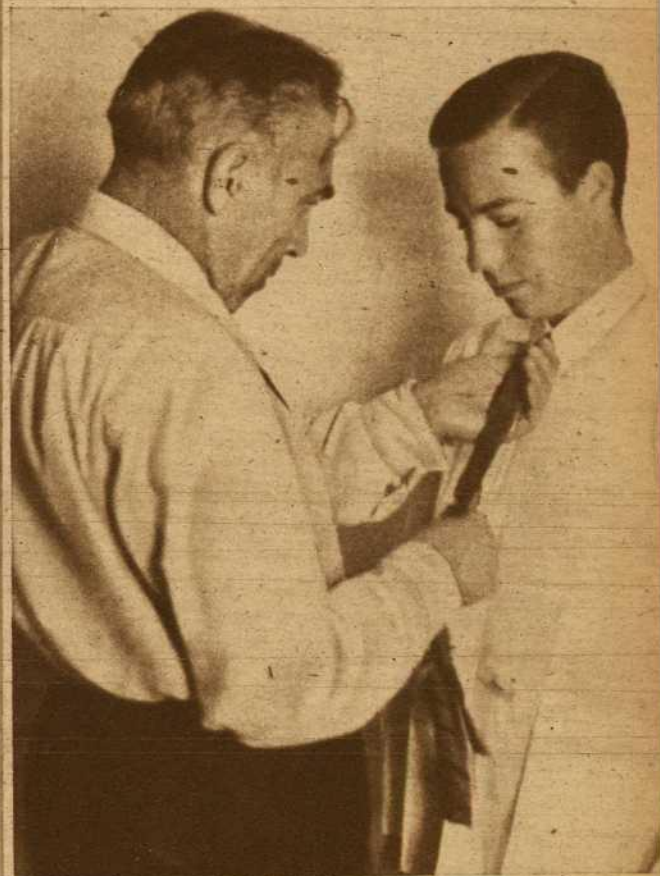


Mazzantini y Badila en la corrida de Beneficencia
(Dibujo de Perea.)

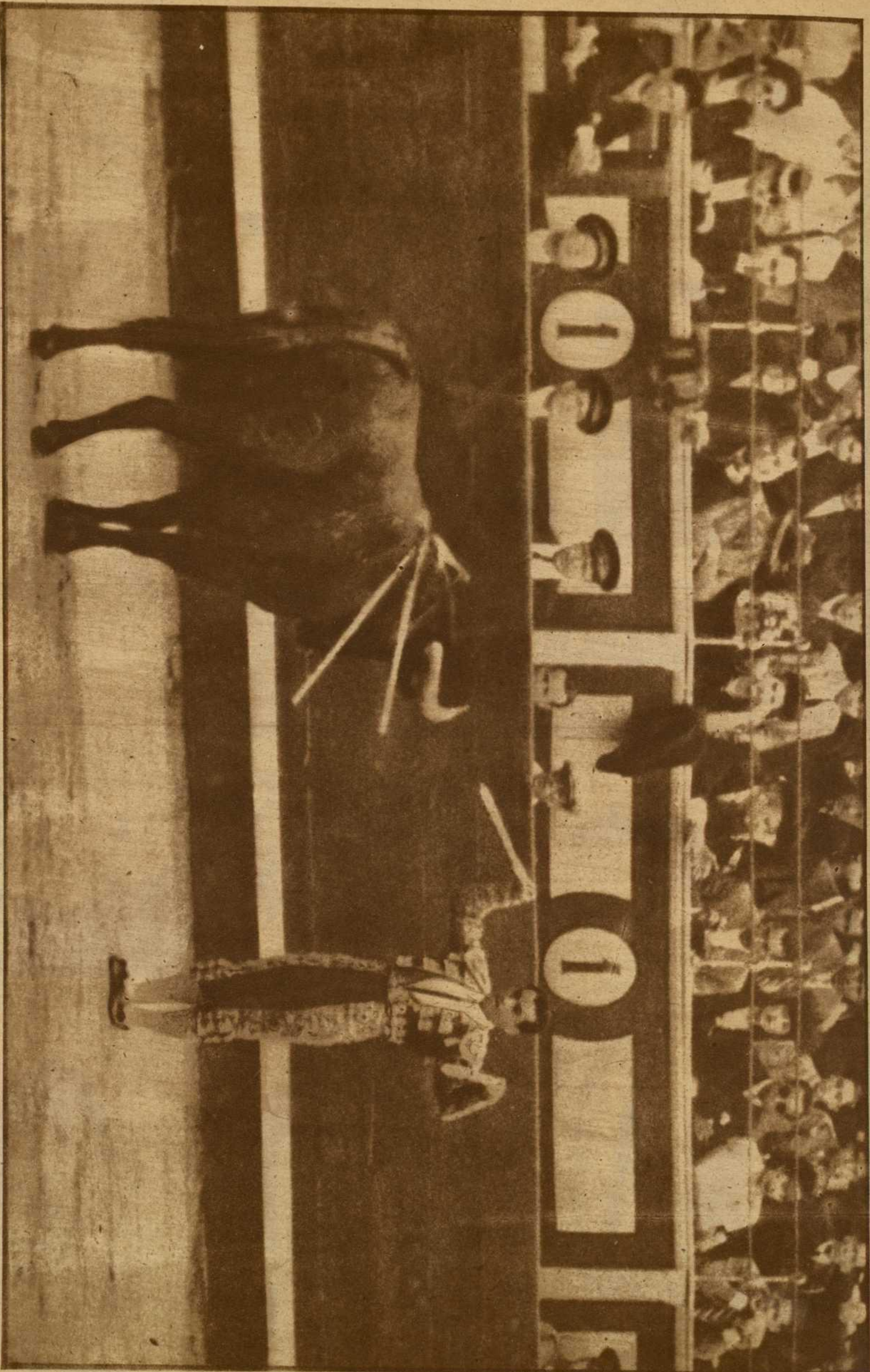


FERIA DE ABRIL EN SEVILLA

EL PRIMER TRAJE DE LUCES DE
PEPE LUIS VAZQUEZ
A SU REGRESO A ESPAÑA (Fotos L. Arenas)



DEL TRIUNFO DE MORENITO DE TALAVERA, EL DOMINGO, EN MADRID



!Las campañas de la fama repicaron el domingo en Madrid a gloria y resurrección! Las sirenas de la crítica, unánimemente, lanzaron, cara a la fama, su clamor proclamando el triunfo de Morenito de Talavera en la primera Plaza de España. El torero de Castilla hizo la afirmación rotunda de su arte y de su éxito en su reaparición de esta semana porada en Madrid. He lo aquí en su momento triunfal como banderillero, en que hizo gala, con los pases, de la majestuosidad de Fuentes, del valor de Ricardo Bombita y de la gracia y la alegría del llorado Manolo Bienvenida... El arte de banderillas, gracias a Emiliano de la Casa, tiene en Madrid, desde el domingo, el monumento de sus siete pares de banderillas



El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

Año II → Madrid, 25 de abril de 1945 → Núm. 46

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



HA terminado triunfalmente la Feria de Sevilla. Pepín Martín Vázquez la cerró cortando la oreja del toro que hacía el número 33 de los que se lidiaron en las cinco corridas. Es éste un torero al que se le puede *pregonar* sin miedo —a juzgar por lo que en la temporada lleva hecho— de que falle. Su alegre decisión pesará mucho más que su escasa madurez para enardecer a los públicos de toda España.

Es igual, con las debidas distancias, que el «caso Manolete»: salir, lleno de afición, a los ruedos para hacer con los toros cuanto se pueda —o no pueda— hacerseles. El objetivo funda-

mental de toreros así, no es —aunque lo anhelan siempre— complacer a los públicos; sino realizar con sus enemigos faenas grandes que les satisfagan a ellos mismos. He aquí el secreto.

Porque Arruza sale a los ruedos en busca —nobilísima— de las palmas. Pretende —y lo consigue casi siempre— calentar los graderíos a máximas temperaturas; pero, falto de recreo en sí mismo, de contemplación de su propia obra, pendiente tan sólo de las reacciones populares, se prodiga en formas aparatosas y espectaculares que, en fin de cuentas, no pueden llevarle al auténtico triunfo.

Por esto, los verdaderos triunfadores de la Feria sevillana han sido Manolete y Pepe Martín Vázquez, que buscan al toro con entusiasmo de aficionados, como diciéndole: «A ver quién puede a quién. Tú eres así. Te cuelas por aquí, punteas por allá, te ciernes, te quedas...; pero a mí me da lo mismo. Te esperaré tranquilo en todas tus embestidas y te seguiré toreando, aunque me cojas.»

—¡Toro, toro, ven aquí! ¿No ves mi muleta?

—Es que te miro al cuerpo —parece decir el toro mansurroñeando—, te quiero coger.

—Pues cógeme si quieres, pero pasa.

Y el toro pasa a la formal y tremenda invitación.

Unas veces pega golpe sobre el vientre de Manolete y otras agarra a Pepín enhebrándolo por la taleguilla; pero uno y otro se reponen prestamente del coscorrón y, con valor, ganan la lucha al toro.

Después de estos dos colosos —cada uno en su sitio: Manolete hecho, cuajado, y Pepín Martín Vázquez, haciéndose, cuajándose— los valores taurinos siguieron esta escala: Arruza —temerario—, que cortó la oreja a dos de sus cuatro toros; Pepe Bienvenida, que no está donde le corresponde por casta y condiciones que todos saben; Fermín Rivera, dolido aún de la cogida en Zaragoza, y Pepe Luis Vázquez, con momentos deslumbrantes que sus paisanos aplaudieron rabiamente en incitación y espera de más trascendentales momentos.

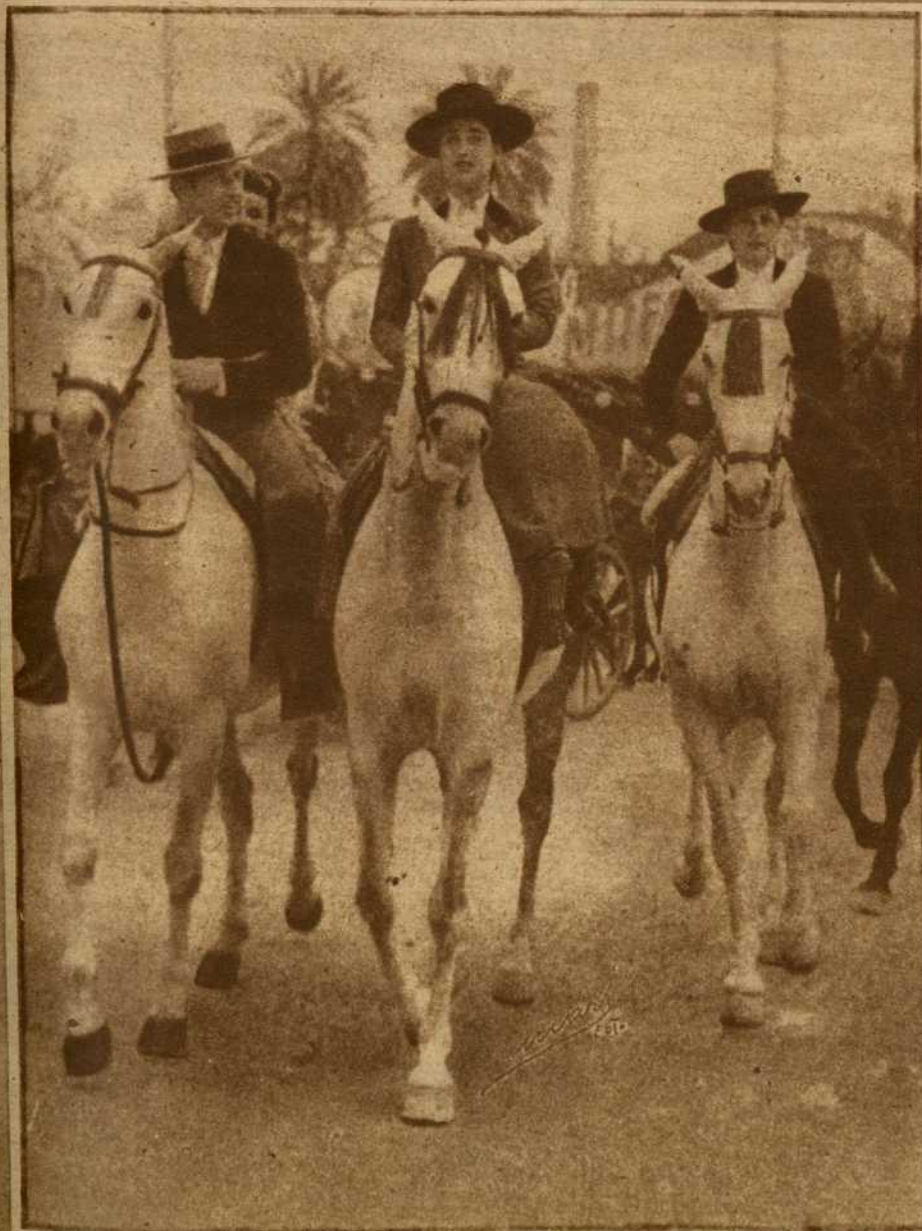
Todo esto es la historia que escribió con trazos definitivos Manuel Rodríguez, ese *novillerito cordobés* que parece hambriento de gloria y fortuna cada tarde que sale a los ruedos.

Los cronistas sevillanos han llamado a esta feria, «la feria de Manolete».

La competencia plañteada, no se sabe por qué oficiosas propagandas, ni existe ni puede existir. Cada uno en su sitio.

De España a Méjico hay un mar. Un mar de confusiones.

Don Alvaro Domecq puso en la Feria de Sevilla la gracia inconfundible de su arte a caballo frente al toro. Y puso también una piedra más sobre el ya amplio edificio labrado por su inagotable caridad.



La señorita Carmel Franco, con el traje típico de amazona española, pasea a caballo por la Feria sevillana. (Foto Marf.)

La corrida del domingo en MADRID



Seis toros de Concha y Sierra, para CAÑITAS, MORENITO DE TALAVERA y ALBAICIN

LA SEMANA EN LAS VENTAS

LAS DOS DIVISAS

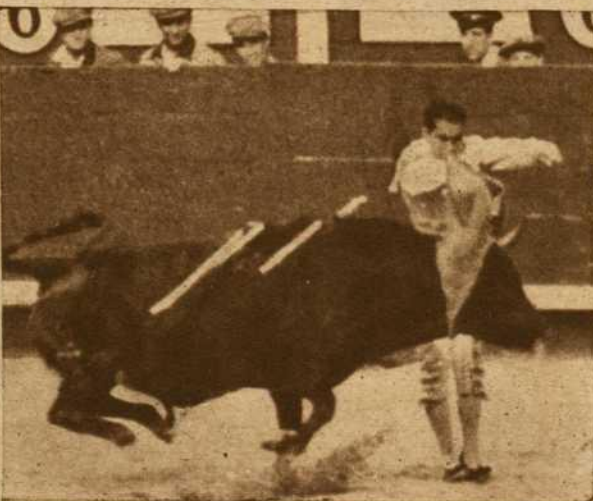
Por EL CACHETERO

De jueves a domingo, Pablo Romero y Concha y Sierra, que son nombres de primera fila en el nomenclátor taurino. Esto ha sido lo bueno de la semana, por mucho que ésta no haya parecido muy lucida a los partidarios de la emoción estética, muy epidémica, que pudieran traer consigo ganaderías de esas que hemos dado en llamar cómodas. Los novillos de la divisa blanca y celeste de Pablo Romero y los toros que se llamaron de «la Viuda» a secas por muchos años—sesenta y tres de asomar por las Plazas de Madrid la blanca, negra y plomo—, le han dado aire antiguo a la semana con sus ventajas e inconvenientes, y sólo hasta aquí, y por el resultado de una y otra en este envite, podrán considerarse unidas.

Porque los novillos de Pablo Romero anduvieron, con la rebaja que suelen traer los novillos, dentro de unos límites de casta bien definida. El ser novillos se notaba en edad y en flojeo de patas, mientras la casta les salía arriba en el derroter alto, en la nobleza, en la porfía en tercio, en la lámina, en pelea clara que no se venía abajo. Los toros de Concha y Sierra—toros ¡eh!—no flojeaban por edad ni por dureza, pero la casta se les venía abajo, porque la ganadería está desde hace tiempo indecisa en tipo, indecisa en bravura, a lo que salga y a lo que saliere. Estas ganaderías que andan en transición tienen estas tristes bromas, y un día, tras una corrida boba y pajana, salta la negra de una punta de mansos, que fueron los que a Madrid vinieron, de mansos a mansurroneos, sin rozar apenas por pelo la bravuconería en contado ejemplar y en contado tercio o en contado momento. Y en estos enjuagues, uno se encontrará un día, si no es llegado, que la presencia de la casta peculiar, que era su matiz especial de ganadería brava, se ha evaporado y la divisa es sólo un envase vacío.

Los novillos de Pablo Romero ya nos hicieron derivar un poco hacia el ayer, no porque no pudiese haberseles hecho toro de hoy, sino porque el toro de hogaño que admitían era el bueno, o sea el que tiene base torera, y ese es ya toro de siempre. Si se les toreaba bien, el novillo era ideal, con la adición que da una divisa de máximo prestigio y una presencia de casta indudable. Si se hacía alguna tontería, la casta se tornaba en lanzas de deslucimiento. Para la buena lidia, para las buenas varas, para el buen matar y para la guapeza—los pilares del toro antiguo—, eran magníficos. Y para el que sobre esta base quiso edificar, los Pabloromeros no pusieron límite en contra. Llorente, Alvarez Pelayo y Jesús Guerra se quedaron con decoro en los pilares.

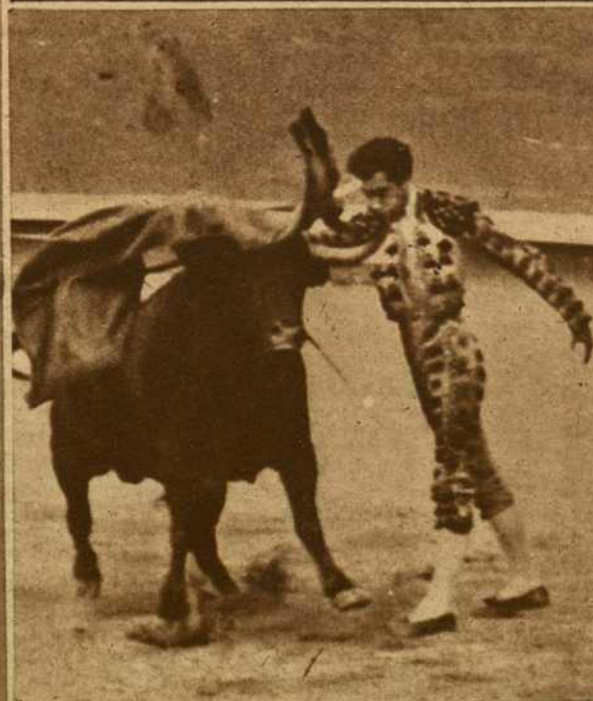
Los toros de Concha y Sierra nos tornaron más a ese ayer partidista que nos flamea los del hoy a todo trapo. Los que dicen, con un buen porcentaje de razón y el resto de saña, que los festejos de antes se reducían, en gran parte, a cazar con precauciones a un ganado manso. Los Concha y Sierra del domingo presentaron problemas, es verdad, y si hubiesen tenido la perfecta solución torera, yo no hubiera reputado error proclamar que me había divertido mucho, sin que esto quiera decir que uno se abona a tal tónica, como no me abono a la contraria. Si a los toros del domingo se les hubiera metido en varas, les hubieran pegado, por lo alto, se les hubiera muleteado sobre piernas, brevemente, dejándoles la muleta en la cara, doblón va y doblón viene, con guapas estocadas de colofón, hubiese aplaudido sinceramente. Los ratos que algo de eso hubo me parecieron francamente buenos, la verdad. Y lo que de plus dió Morenito en voluntad y banderillas y Albaicín en busca un estilo contrario, resuelto al fin sin lengua de su estilismo, lo agradezco por añadidura. Que, en fin, las divisas, por rebajadas que estén, tienen estas compensaciones.



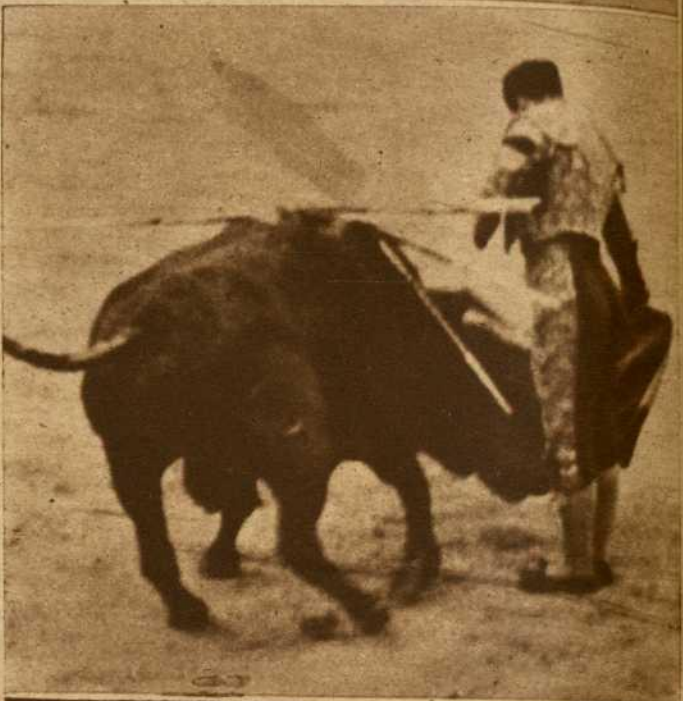
Cañitas en su segundo toro, al iniciar la faena de muleta, aguanta la embestida en un estatuario



Morenito de Talavera citando a su primer toro para poner un par de banderillas al cambio



Albaicín en un muletazo por alto al toro que cerró plaza y en el que fué muy aplaudido



Morenito en un derechazo por bajo a su segundo toro y en el que dió la vuelta al ruedo



Cañitas colocando un par de banderillas al primero de la tarde



Un desplante del gitano Albaicín en el toro que se lidió en último lugar. (Fots. Baldorero.)

DESPUES DE LA CORRIDA

CAÑITAS rehusó hablar de la corrida

"Mi mayor deseo sería medirme con los ases mejicanos, reputados de banderilleros extraordinarios"--dice MORENITO DE TALAVERA

"Que me echen toros de embestida clara y cuajaré la faena que tengo inédita todavía"--aseguró ALBAICIN

CAÑITAS

EN mi peregrinar, tras los espadas de la corrida de tanda, bien ajeno estaba de la sorpresa que hoy me estaba reservada.

Temblosa mi caja torácica, y bañado el rostro en sudor, arribo al superlujoso hotel donde el mejicano acostumbra albergarse los días que tora.

—El señor no recibe— me dice un prosopopéyico conserje.

Disparo la batería de mis razonamientos más persuasivos, y al fin el gran personaje se digna exponer mis pretensiones por el teléfono que une su dorada jaula con el departamento del torero. Por lo visto, queda autorizada mi ascensión, y sin nuevas trabas me interno en el dedalo de alfombrados pasillos.

Pulso el timbre de la puerta número 166 y me franquean la entrada. En la habitación, tres amigos de Cañitas están contemplando, en silencio, cómo Juanito—fiel y avispado mozo de estocques— va metiendo en un maletín los útiles de aseo de su jefe.

Como no veo más seres vivientes que los citados, hurono indiscretamente por la entreabierta puerta del cuarto de baño, y tampoco allí existe rastro alguno de Carlos Vera.

López San Miguel, apoderado del mejicano, llega de la calle, y es el encargado de desvanecer el pequeño misterio.

Resulta que Cañitas, al ser atropellado por su primer bicho, resultó con un fuerte palotazo, y una vez desprovisto



Los tres maldadores, antes de dar comienzo a la corrida, rodeados de admiradores y amigos

de los arreos de torrear decidió recogerse en su habitual residencia, para conciliar un sueñecito reparador.

Si a esto se une el que el fuerte amor propio del torero encajó bastante mal las evidentes dificultades del ganado, nada a tono con el estilo del lidiador, se llegará a la justificación de que Cañitas, como la Magdalena del cuento, "no estuviera para tafetanes".

MORENITO DE TALAVERA

MIENTRAS Emiliano de parte conmigo, en una habitación contigua, los amigos íntimos del diestro hacen la visita a las señoras de la casa.

—Bueno, amigo Moreno, muchos espectadores han creído ver en usted síntomas que se parecen mucho a barlucos de resurrección.

—Y no se equivocan al entenderlo así. Hoy me encontré en la Plaza mucho más congado que en mis actuaciones del año pasado, y sobre todo decidido a romper mi mala racha.

—Eso es hablar como debe hacerlo un torero pundonoroso. Dígame ahora, ¿qué le pareció el ganado?

—Manso y con mucho genio. De menos peligro resultó mi segundo toro; pero a los inconvenientes apuntados unió el de echar constantemente la cara a las nubes. Este, fué el motivo de que me desarmara varias veces.

—¿Ha salido contento de la Plaza?

—No del todo. Ahora, a esperar que me echen una corrida que embista bien, a cuyos toros pueda torrear con la izquierda, por ser con esta mano como mejor y más fácil me veo con la muleta. Y puesto a desear, ¿a qué no sabe usted qué otra cosa desearía con todas mis fuerzas?

ALBAICIN

—Que la Empresa me diera cabida en un cartel junto a los ases mejicanos, reputados como extraordinarios banderilleros. Y en esa corrida veríamos, en el segundo tercio, quién se llevaba las palmas más fuertes...

(Señora Empresa: ¿Por qué no se decide usted a procurar que el reto de Morenito de Talavera pueda llevarse a la práctica? La ingente masa de aficionados que vienen llenando su Plaza, a buen seguro que se lo agradecerían.)

ALBAICIN

POCO pude hablar con el torero gitano. Habíamos iniciado las primeras palabras cuando vinieron su padrino, don Ignacio Zuloaga, y el gran escultor Sebastián Miranda, para llevarse a cenar al torero. Este puso como condición que también su madre fuera de la partida, lo que los artistas aceptaron encantados.

Mientras aquella se atusaba la endrina cabellera y se echaba un chal sobre los hombros, el genial Albaicín me habló así:

—Los toros cincoños—cuatro hubo esta tarde—tienen una lidia determinada, y es la que yo procuré hacerles con mi mejor voluntad.

Ahora bien, lo triste es marcharse del banquete de la vida teniendo hambre de vivirla intensamente, o lo que es lo mismo para un torero: tener hambre de toros y no poderlo saciar con buenos manjares. Que me echen toros de embestida clara es lo que estoy deseando en Madrid, más que en ninguna otra Plaza. Entonces podrían verme torrear a base del toreo estético, de tanto auger en los actuales tiempos. Así podría cuajar esa faena que yo tengo inédita todavía.

F. MENDO



Cañitas y el novillero mejicano Jesus Guerra, al llegar a la Plaza el primero

BANDERILLAS DE FUEGO

por Alfredo MARQUERIE

Hay novedades; no sale el alguacillo de los bigotes y el ronco interruptor apodado "El Maño", y también "El Meritinda" ocupa una localidad en el tendido 10.



Cañitas

...
Cuando los del 7 gritan a "El Maño": "¡Te has pasado al enemigo!", les contesta: "¡Es que me querían conocer!"

...
Al empezar la corrida pesa sobre la Plaza un cielo plomizo y dramático. Es un buen marco para ese torero zulobagüesco y arquetípico que es El Albaicín.

...
Las primeras ovaciones de la tarde las consigue Rafael al ceñirse en unos quites al manso número dos. Como en el cantable zarzuelero, se ve que El Albaicín tiene "pundonor y vergüenza".

...
Cañitas no hizo esta vez "la suerte de la alfombra", que, como saben ustedes, consiste en salir rodando por el suelo; pero, en cambio, realizó una bonita exhibición de echar el agua del enjuague en forma de surtidor, y luego pidió una ducha al borde de la barrera para descongestionarse de un coscorrón bueno.



Morenito de Talavera

...
Lo que más nos gustó de Morenito fué su impavidez de Don Tancredo al citar de cerca para las banderillas. ¡Estupendo, sí, señor!

...
Por cierto que un espectador se puso un poquito pesado por sí Morenito frecuentaba determinado establecimiento. Y le costó no ver la corrida.

...
Más que rumor de enjambre en la colmena, el runrún del público, es de hervor de aceite en la gran sartén sin mango de la Plaza.

...
El cuarto toro saltó dos veces la barrera; pero, además, realizó un truco de bombo de vodevil, saliendo por una puerta y entrando por otra, con el consiguiente susto de los numerosos "espectadores de callejón".

...
Cuando el Albaicín, con gracia gitanísima, "quita" el capote en la cara del toro, parece que le dice: "¡Qué te crees tú eso!"

...
Morenito bate la marca cambiando ¡siete veces! de muleta.

...
Los "maestros" toman el buche de agua en vasos de aluminio o de galafí. Y eso no es tradicional. Botijo y vaso de cristal gordo, como aquellos de los cafés antiguos. Otra cosa nos parece modernista, y toda innovación en la Fiesta, peligrosa; porque en cuanto nos descuidemos se convertirá en un partido de fútbol, y en lugar de un toro saldrá al anillo un balón de reglamento.



Albaicín



Albaicín con un pequeño admirador, en el callejón, antes de dar el paseíllo

TODO EL TOREO ES ESPAÑOL

Por FELIPE SASSONE



ASI le contesté a un amigo que hace pocos días, habiéndome de la temporada taurina que apenas empieza, me dijo que se presentaba bajo el signo de América. Yo le contesté esto: que todo el toreo es de España, y hoy lo escribo porque quisiera que muchos aficionados lo recorden siempre, y que a mi mismo no se me olvide nunca. Los que mejor lo saben y no lo olvidan son los propios toreros hispanoamericanos. Y digo hispanoamericanos donde pudiera decir tan sólo mejicanos, porque también hay algún torero del Perú y de Venezuela. Antes los hubo franceses: Félix Robert y Pouly, de muy cómica recordación, y dicen que el norteamericano Franklin, muy valiente por cierto, va a volver a torear. Todo ello es español, con más o menos sabor, y a veces sin ninguno; pero español.

Mi tierra del Perú no ha dado hasta ahora grandes toreros. En Lima, en la capital, desde que empezaron las corridas en tiempos del Virreinato y construyó el Virrey Amat, en 1767 la Plaza de toros, que es todavía la que tenemos, hubo siempre mucha afición, pero pocas corridas durante cada año, pues la temporada en que más hubo, según recuerdo de lo que leí en unos anales taurómicos de no sé quien, fue la que duró de septiembre de 1891 hasta mayo de 1892, con un total de veinticuatro funciones.

En las ciudades de provincias un festejo taurino es una solemnidad que cae de ligas a brevas. Las ganaderías bravas fueron siempre muy pocas y de media casta; la crianza bien entendida, apenas si cuenta diez años; la suerte de varas sólo logró el favor del público desde los años 1902 y 1903, cuando llegó a Lima por primera vez el gran picador madrileño Manuel Martínez, Agujetas, y hasta hace poco tiempo las faenas de tienta, abono y derribo eran totalmente desconocidas. Durante todo el siglo XIX, y muy espaciadamente, esto es, no coincidiendo juntos ni prolongando sus visitas ni reiterándolas, apenas si llegaron a la capital peruana media docena de toreros con cierto renombre en España: Villaverde, Chicorro, Hermosilla, Paco Frascuelo, Angel Pastor, Cuatrodedos... A principios del siglo XX, Bonarillo, Faico, y después, poco a poco, porque la afición crecía, empresas mejor organizadas y mejor avisadas procuran llevar lo mejor: al Chico de la Blusa, en su época de auge, a Joselito y a Belmonte... Los señoritos aficionados han aprendido a torear bien, pero profesionales se han dado muy pocos: en los últimos años de Joselito y Belmonte, aquel Carlos Sussoni, que hasta España vino para ser matador y quedó en buen banderillero; en estos días, Alejandro Montani, que aquí aprendió de niño a torear por naturales y en Méjico se hizo, y aquí otra vez casi le deshace un toro, y en su mano está, y ya lo veremos rehacerse. Como algo verdaderamente notable sólo quiero apuntar el nombre de dos grandes peones y banderilleros, negros naturales del país, que de haber venido a España hubieran quedado en la historia del toreo. Allí en los tiempos en que llegaban a Lima noticias españolas de la cuadrilla de Reverte, los limeños Hamaban Rodas y Moyano a la pareja de Manuel Tovar, Volante, y Simón Delgado, Bobito, que así se llamaba la pareja peruana. Esos dos artistas, que lo eran de verdad y murieron en plena juventud y no por cornada de toro, pudieron llegar a la perfección de su arte, porque alcanzaron de 1890 hasta el último año del siglo pasado un ciclo en que llegaron a Lima matadores y banderilleros españoles notables de quienes aprendieron e imitaron.

En Méjico, más grande, con muchos más Estados importantes donde se efectúan corridas; con más ganaderías de reses bravas; con más faenas de campo; con mayor afluencia de toreros que iban allí buscando mayor espacio para sus hazañas, la influencia española en lo taurómico se dejó sentir con más fuerza y mayor eficacia. Méjico ha dado a España, mejor, ha devuelto a España muy buenos toreros. No lo fue por cierto el primero de todos: aquel Ponciano Díaz, de hace bastante más de medio siglo, el primero también que salió vestido de luces con bigote de carabinero. Por ser el primero despertó en el pueblo el deseo de una competencia, de una emulación torpe en que se trataba de que salieran malparados los toreros españoles, de quienes había aprendido y a quienes imitaba con muy poca habilidad e ignorantisimo Ponciano. Sin embargo; las coplas populares cantaban:

*Yo no quiero a Mazzantini
ni tampoco a Cuatrodedos;
yo no quiero a Ponciano Díaz,
que es el rey de los toreros.*

El pobre Ponciano era un rey de baraja, muy valiente y muy mal torero. Cuatrodedos, a pesar de todo, sentó sus reales en Méjico. Después de él, algunos, muy pocos, para quedarse por América, otros para ir y tornar; todos los grandes toreros que en España han sido, con las dos únicas excepciones tal vez de Guerrita y Joselito, pasaron por las Plazas de toros de la capital y de los Estados. Antonio Fuentes fue durante muchos años ídolo de los públicos mejicanos. Allí se quedaron el citado Cuatrodedos, el banderillero Remigio Frutos, Ojitos, el matador de toros Gabriel López, Mateito, muchos toreros, en fin, que podían enseñar y hacer escuela, y así han florecido artistas estupendos y matadores valientes desde Gaona y Armillita Chico; desde Solórzano y los Freg, hasta Carlos Arruza a quien los públicos enfrentan con Manolete. Todos los nombrados y todos los que vengan y vendrán, son, por nacidos en Méjico y por sus apellidos, españoles por lo menos en un cincuenta por ciento, y como toreros, españoles ciento por ciento; porque ni un adarme, ni el mínimo pormenor, ni el más leve gesto de su toreo puede de ninguna manera considerarse autóctono ni aborigen. Es toreo de España, lección de España, imitación de España, regalo de España, arte de España, que sin España jamás hubiera existido. Cuando compiten dos toreros, compiten dos españoles, aunque haya nacido uno en Getafe y el otro en Guanajuato. Bueno es aclarar esto cuando van a encenderse competencias, y fuera lástima que por rivalidades mal entendidas, que no pueden existir, se dejasen Manolete y Arruza—Dios, no lo quiera—en los cuernos de los toros algo más que los jirones de taleguilla que se dejaron en la Plaza sevillana. Los toreros mejicanos están en su casa en España, y claro está, que los españoles en la suya en toda aquella América, donde un día llegaron maestros y hoy llegan compañeros.

En el hispanoamericanismo, por lo que se refiere a lo taurino, sobra media palabra; todos los toreros no son más que españoles, y los toreros nacidos en América, cuando vienen a España, vienen a la tierra de los maestros que inventaron y les regalaron su arte.

DE MIERCOLES A MARTES

Por J. HERNANDEZ-PETIT

ABRIL

25

MIERCOLES

Diecinueve temporadas, sin interrupción, estuvo el número uno de la dinastía de los Gallos en la cuadrilla de aquel coloso de Córdoba que se llamó Lagartijo. José Gómez —primero en dar categoría de Jaques a los del kikiriki— murió hoy, 25 de abril, hace sesenta años. A pesar del tiempo transcurrido, bien merece que le recordé, porque fue en vida Gallo I; porque perdió la colocación por enemistad de Rafael el Magno con Fernando, hermano de José, primer matador de toros con cresta —y es quizá la única faceta antipática que le encuentro al Califa—, y porque hubo en él un banderillero tan finísimo de elegancia como de tipo, ya que, según leemos, "era más delgado que el hilo". (El que tal escribió era andaluz.)

Ahora, con el calendario en la mano, escribo: "26 de abril de 1802." ¡Ayer! Pero es que en tal fecha actuó como matador

de toros, primerizo en Madrid, el único Bartolo del toreo que yo recuerdo. En Bartolomé Ximénez encuentro algo realmente curioso. Pedro Romero, todo seriedad y clasicismo, le tuvo por discípulo predilecto y le hizo hombre, protegiéndole, por ser hijo de uno de sus más famosos picadores. Pero el "niño" le salió sevillano en vez de rondeño, y el hermano de Pedro, José, que era al gre y filigranero en su forma de torear, le colocó del todo hasta conseguir que actuase en Madrid, en la fecha antes-escrita. ¿Por qué ha de decirse antedicha?

Y ahora, otra pregunta: ¿Sabe el lector de EL RUEDO cuál fue la fecha en que se lidió por primera vez en Madrid ganado de Murubá? No; no tiene. No se cansa. Emplee su masa gris en otros menesteres. Fue el 27 de abril de 1868 cuando salió de los toriles de la plaza madrileña Carbonero, negro azabache, alto de agujas, precioso animal, propiedad "de doña Dolores Monga, viuda de Murubá de los Palacios (S. villa). Entre otras cosas —y pronto cobró fama la ganadería—, Carbonero tomó ocho varas, como quien en verano se toma un helado y en invierno se pone el abrigo.

A otra cosa: Reverte, el del pañuelo —y he dicho antes que la colección completa de nuestra Revista es una mina—, nació el 28 de abril de 1870. Era valiente, como un militar laureado; pundonoroso, como Vicente Pastor; casi sin facultades, como Juan Belmonte, y frío, al estilo de Manolete. ¡Fue un gran torero Antonio Reverte Jiménez! Lo lógico es que hubiera perdido la vida en la Plaza, donde tantas veces se la jugó. Pues no, señor. Murió en la madrileña casa de salud de Nuestra Señora del Rosario, y después de operarle el doctor don Juan Bravo de un tumor en el hígado. Como el portugués del cuento, murió contra su voluntad.

Y ya que otras veces he escrito de la enemistad que el torero debe tener al mosto, al evocar la fecha del 29 de abril de 1829 sacaré en esta efeméride a luz el trágico suceso del Catalán, que nació en Lérida, aunque Sánchez Neira, en el "Gran Diccionario", diga que era natural de Sevilla. El caso es que, en la fecha aludida, Catalán empuñó tanto el codo con un tal Gómez, que la borrachera degeneró en bronca, y el de Lérida murió de un navajazo que le propinó el tal Gómez, de Osuna. ¡Estúpida muerte para un torero! No merece más comentario, y por eso, para terminar, paso a escribir que el 30 de abril de 1899 se corrieron por primera vez en Madrid reses de Miura, y que el 1 de mayo de 1839 nació Felipe García, que encarnó la fuerza y la resistencia —como la palanca— y, además, el valor, como punto de aplicación. Su fama trascendió hasta nosotros, porque estoque en mano, toro ante el que se perfilaba, toro muerto.

Llegó empujando Mazzantini, vino después Guerrita y Felipe no tuvo ya nada que hacer en los ruedos. Pero dió que hablar largo y tendido, anteriormente, cuando eran figuras máximas Lagartijo y Frascuelo; cuando ganaban palmas en clamor Gordito y Bocardegra, y cuando jóvenes como Cara Ancha, Angel Pastor y Gallito representaban la esperanza. Felipe García empezó de picador y acabó de empresario. En Palencia, los espadas que contrató estaban heridos. Ante el conflicto, vestido de paisano, despachó solito, y guapamente, la corrida entera, a pesar de que hacía tres años y pico que se había retirado.

Me parece que con este ejemplo, en muchas circunstancias podríamos pedir: "¡Que toree la Empresa!" Aunque es seguro que nos contestarían, si son bien educados: "¡Qué toree Rita!" Y aseguro que no la conozco.

MAYO

1

MARTES

CARTEL DE VALENCIA

Seis toros de Bartolomé para **CURRO CARO, ARRUZA y PEPE MARTIN VAZQUEZ**



Arruza citando al natural en la corrida de Valencia



Un soberbio pase natural del torero mejicano a su primer toro



Carlos Arruza saluda al público y muestra los trofeos logrados



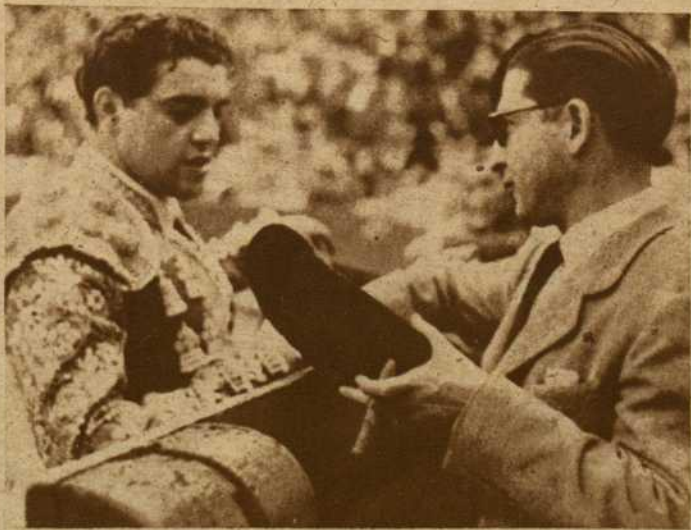
Curro Caro toreando de muleta por naturales en la corrida de Valencia



Pepín Martín Vázquez en un pase estatuario aguantando de firme



Arruza abraza al mayoral de la ganadería, que también dió la vuelta



El diestro Curro Caro brinda a Gago, apoderado de Arruza, la muerte de su segundo toro en la corrida celebrada en Valencia



El diestro Arruza charla con el seleccionador nacional Jacinto Quincoces, que se encontraba en el callejón (Fotos Vidal)

Silverio Pérez, el famoso diestro mejicano, ha llegado a España



Silverio Pérez, el famoso torero mejicano, a su llegada a Sevilla.

“Soy un torero desigual y de ahí nacen mis éxitos y mis fracasos”
«Siento miedo desde que veo mi nombre en los carteles hasta que abandono la Plaza»

Dejando los estudios que comenzó en aquellos años mozos. Las ilusiones del triunfo, el halago de los públicos..., buscarse un porvenir de horizontes más amplios para el día de mañana. Y desaparecieron libros, colgó los guantes... Surgió la figura de la tauromaquia azteca...

AQUELLA NOVILLADA DE TETUAN CON MANOLETE

Silverio Pérez tiene dos pasiones. Con éstas partió de Méjico para unirse a nosotros.

Una, España...

...La otra, Manolete, nuestro monstruo del toreo.

Sobre la primera era, más que

a tracción, veneración por la Madre Patria, como la considera Silverio y sus hermanos mejicanos. Todo lo supeditó a este viaje, incluso la retirada de los toros, que realizará en la presente temporada, después de cumplir los compromisos en los ruedos españoles y la campaña de su país.

Allí ha dejado a los hijos, la esposa y todo lo que él tiene de alegre en la vida.

—Todo por España —nos decía al pisar tierra madrileña—, porque la conozco bien y os conozco igualmente a vos-



En la capital de la Giralda, el diestro mejicano, acompañado de un amigo



Silverio probándose la chaquetilla que Manfredi le tenía preparada para su llegada

otros. ¡Hidalgos caballeros!... —termina la frase mirando al cielo de esta clara primavera.

—¿Usted ya toreó en España?

—Buena memoria tienen. Fué el año 1935, cuando sumé veintidós novilladas entre Madrid y provincias. Por cierto que una fué con Manolete, en Tetuán de las Victorias, la placita en las afueras de Madrid. No podía yo soñar que aquel compañero de entonces, sin nada que pudiera ofrecernos lo actual, se erigiera en el mejor torero. Luego, al año siguiente, nada más que dos novilladas, porque vino la prohibición. Y retorno a Méjico, siempre con la esperanza de volver a vosotros.

—¿Gran admiración notó en torno a la figura de Manolete?

—Ese es el otro punto que decidí mi viaje. Confiaba en lo que se ponderaba sus faenas; creía en lo que los públicos sancionaron con sus conocimientos; y también en lo que nos contaron los toreros españoles... Todo paliado ante la realidad de su arte. Es algo distinto a todo. Ha marcado una época, y no es de los que torear cuando pasa el toro. No, amigo... Manolete atrae al toro con el trapo, lo lleva, manda sobre el bicho. Esto es para mí Manolete. Llegué a Lisboa. El viaje era con dirección a Madrid, y cuando me enteré que la primera de fe-

S Fué. Como otros tantos, sin haber logrado un puesto entre los astros de aquella época. Vuelve consagrado, considerado como el fenómeno de los toreros mejicanos.

Han llegado hasta los aficionados los telegramas en que se contaban sus triunfos. Tardes grandes. Idénticas a aquellas que dió Rodolfo Gaona, como la de muchos diestros mejicanos, que en España coronaron sus jornadas triunfales, en presencia de tanto entendido en tauromaquia como nos rodea.

Pero Silverio Pérez tiene muchas cosas veniales. Los éxitos, los fracasos, igual de rotundos, cuando la tarde se vuelve y sus nervios no se atemperan a la mala calidad de los toros.

Estudiante. Boxeador aficionado, torero..., tres intentos logrados por Silverio Pérez, quien nos llega ya en la madurez de su arte. Con la sonrisa habitual de estos mejicanos, todo simpatía, admiradores eternos de lo español y con el ansia de triunfar, la ilusión de esas ovaciones que buscan en este viaje. Un resorto ha movido a este grupo de artistas: España.

Con más afán que nadie. Con mayor vehemencia en sus palabras por nuestra Patria, a la que ensalza sin límites, vino hace unos días Silverio Pérez, «fenómeno» de los matadores mejicanos, el hombre de más cartel entre los suyos y quien ha proporcionado grandes alborotos con sus faenas.

A los veintinueve años se ha erigido en la máxima figura. Muchas luchas y no pocos tropezones. Doce desde que cogió el trapo rojo y una vara de fresno, marchando de rancho en rancho para adiestrarse con los toros.

Así dió principio Silverio a sus aficiones artísticas.



En Madrid, acompañado de Manolo Escudero, el torero azteca, para nuestro fotógrafo Mari

Ha sido estudiante, boxeador aficionado y siente pasión por el fútbol

«No he firmado ningún contrato, para poder marcharme caso de no poder cumplir con la afición»

“Lo que hace Manolete con los toros sólo lo puede hacer Manolete”



Silverio, a su llegada a Sevilla, charla con unos amigos en las calles de la capital andaluza

ria en Sevilla la toreaba el cordobés, cambié de ruta y fui a verlo.

—¿Confirmó su impresión?
—Fue superada. Y procuraré, como aficionado, que Manolete sea visto en las principales Plazas de mi país.

SIENTO MIEDO DESDE QUE ME VEO EN EL CARTEL

Silverio es la simpatía personificada. Modesto en sus juicios, sencillo cuando se habla de él y con una elocuencia grande. No esquiva las preguntas.

Únicamente cuando es enfocado por el objetivo del fotógrafo, suelta la frase ingeniosa:

—Míre, «mano», no apunte mucho, que puede partirse la película...

Y así una y otra vez. Su rostro llama verdaderamente la atención, porque es algo fuera de lo normal. Facciones acusadísimas, que tienen mezcla de oriental y azteca.

Y la gente vuelve una y otra vez para observarlo.

Todo es hablar de toros.

—¿No cree usted que estamos mal pagados los toreros?

—A juicio mío, sí.

—Nadie —dice Silverio— expone tanto como un matador. La vida está a merced de unos miles de duros, que no

tienen ningún valor ante el placer de vivir. España en esto nos lleva ventaja, porque he observado que si sale un toro que puede malograr la carrera de uno de sus toreros, le aconseja incluso que no toree.

—¿Encuentra menos pasión?
—Más ponderación en vuestros públicos. Mucha afición, pero siempre con sentido de la responsabilidad. Por algo es la cuna del toreo, y de aquí saldrán siempre los maestros.

—Dígame, Silverio, algo sobre el miedo de los toreros...

—Yo lo siento hasta que me veo fuera de la Plaza. Allí ya sé que no me puede pasar nada. Y comienza desde que veo mi nombre en los carteles. Sin exagerarle ni así.

Y señala la mínima parte del dedo.

NO HA FIRMADO CONTRATOS. LA RETIRADA. EL FUTBOL...

Silverio Pérez es muy nervioso. Y por ahí vienen algunos de sus fracasos.

El lo ha confesado así, porque no trata de engañar a nadie.

—¿A qué atribuye, Silverio, esos escándalos que nos anticipa personalmente?

—A los nervios. Soy persona de tempera-



Silverio Pérez, ante el espejo, mira cómo le cae la chaquetilla encargada



Paseando por la calle de Alcalá con nuestro redactor y unos amigos el mismo día de su despedida



Un gesto del mejicano en la capital de España (Fots. Mari.)

peramento inquieto. No tengo sosiego ni en mis actos, fuera de los ruedos. Así es como encuentro a veces dificultades en mi labor, y lo que podía tener enmienda va a peor, para caer en el fracaso total... rotundo... de esos que señalan una fecha inolvidable.

—Pero con éxitos se curan...

—Siempre ha sido mi norma. Si he tenido una mala tarde, a la siguiente busqué el éxito, y lo logré.

Habla de las cogidas. Cuatro ha sufrido solamente.

De los toros mejicanos, también los considera inferiores a los nuestros: «No tienen casta, y en cuanto pasan del primer tercio, no son fáciles de lidiar. Ha sido una mala temporada para los toreros de mi país... por los toros. Llegan mansos a la faena de muleta.»

—Hablan de su retirada...

—Es cierto, amigo. Pero la retrasé sólo por venir a España. Una campaña en España, y luego a despedirme de mis compatriotas.

La juventud de Silverio le reservaba aun varios años de actuación.

—Pero un día la esposa señaló el camino: hogar o toros.

Y la opción no fue dudosa: hogar.

Amante de los toros. Aficionado al fútbol, su mayor pasión como espectáculo.

Esto es Silverio. Algo distinto a los demás.

Siente miedo y se arrima como nadie. Habla de fracasos cuando todas sus actuaciones están acompañadas del triunfo. Modestia sin límites. Hasta ha supeditado la firma de contratos con los empresarios españoles mientras no demuestre que vale.

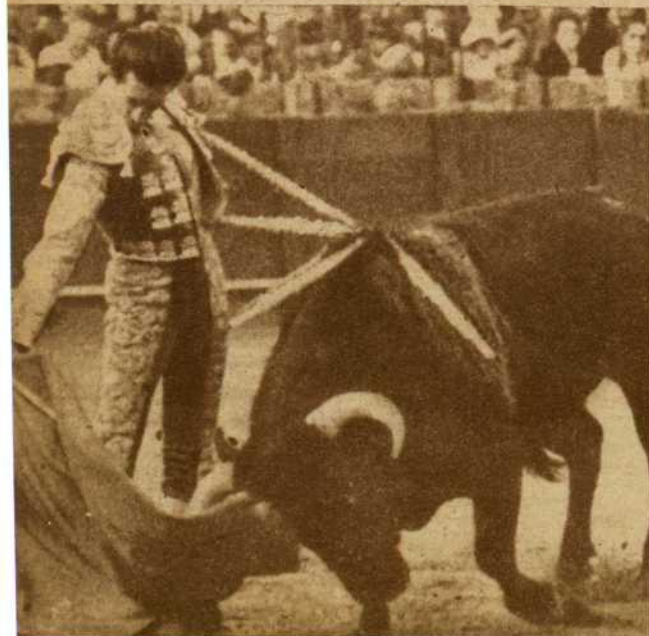
Es inconfundible en lo físico. Es distinto en lo humano.—JOSE CARRASCO

TOREROS Y TOROS EN LA FERIA DE SEVILLA

MANOLETE



Cuatro magníficos momentos de Manolete en las distintas corridas de la feria sevillana



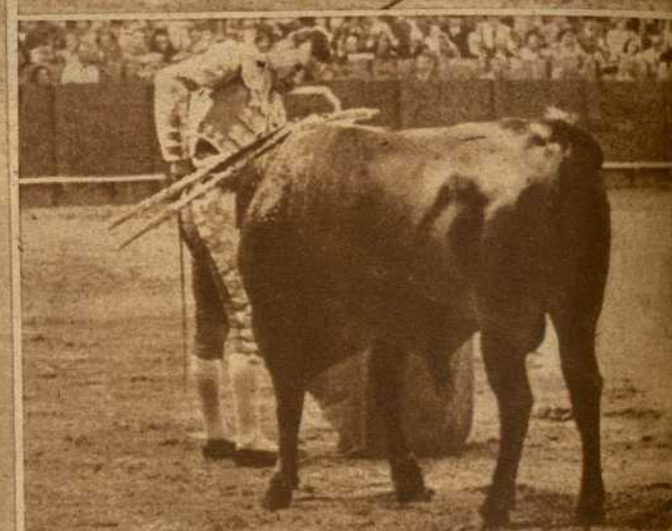
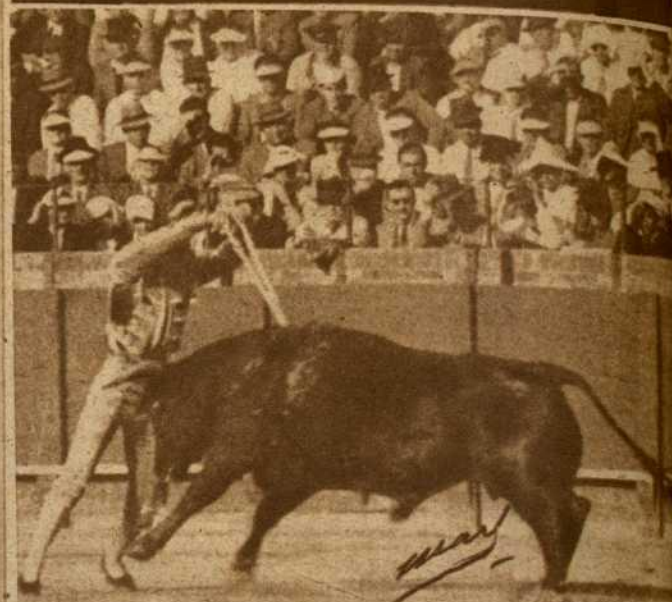
PEPE LUIS



La gracia sevillana del Niño de San Bernardo, en cuatro instantáneas durante la feria



ARRUZA

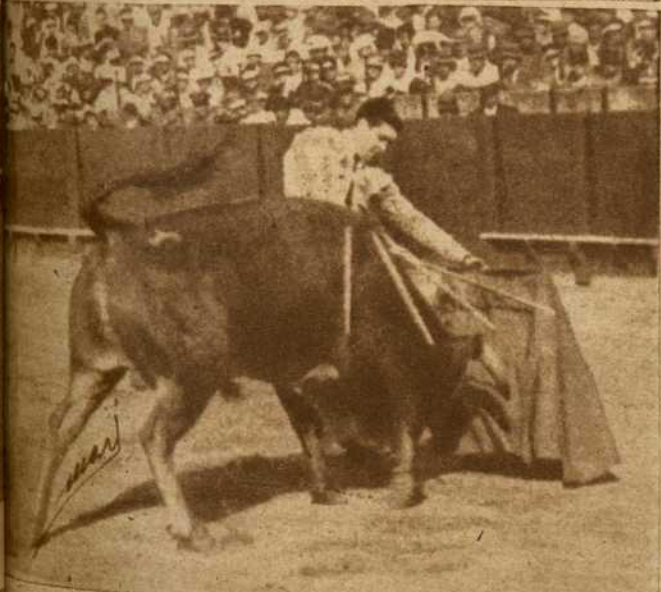
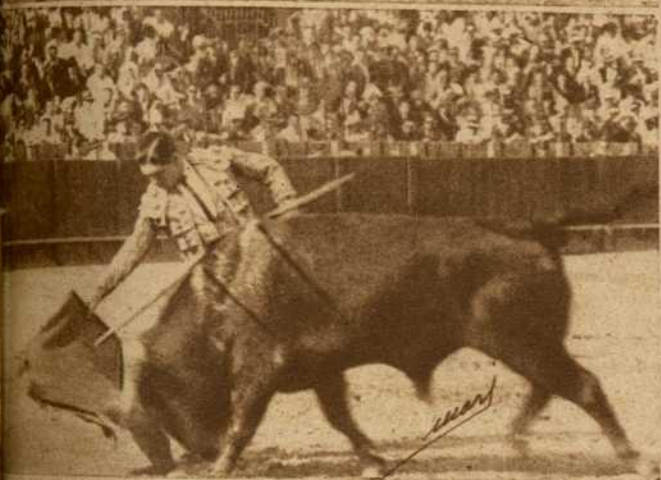


El torero mejicano puso la nota valerosa. He aquí cuatro instantes de Arruza en la feria sevillana



TOREROS Y TOROS EN LA FERIA DE SEVILLA

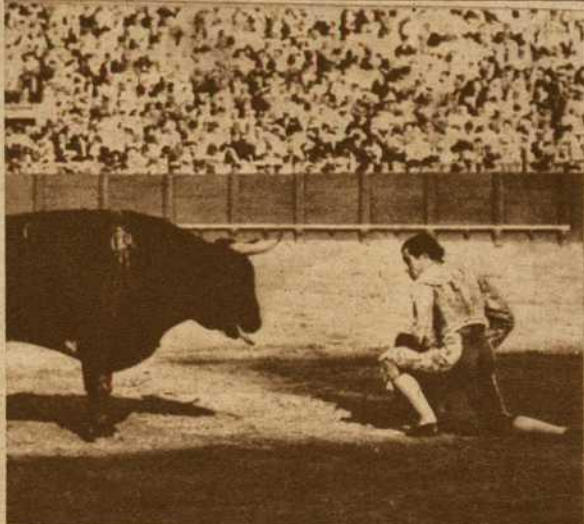
PEPE BIENVENIDA



El arte de Pepa Bienvenida en cuatro momentos de su faena de muleta en la Maestranza



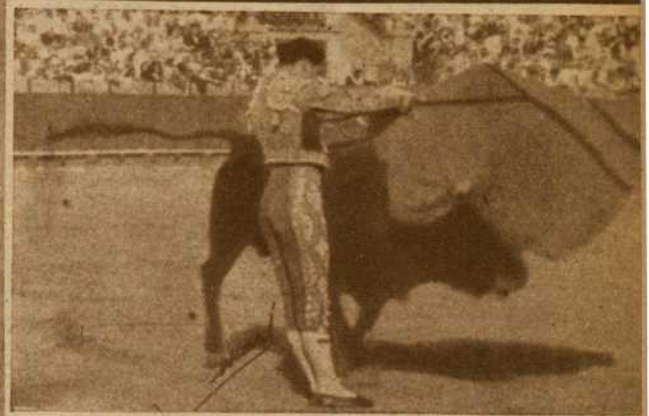
PEPIN MARTIN VAZQUEZ



Pepin Martín Vázquez, casta y genio torero, en sus faenas a los toros que le correspondieron en la feria



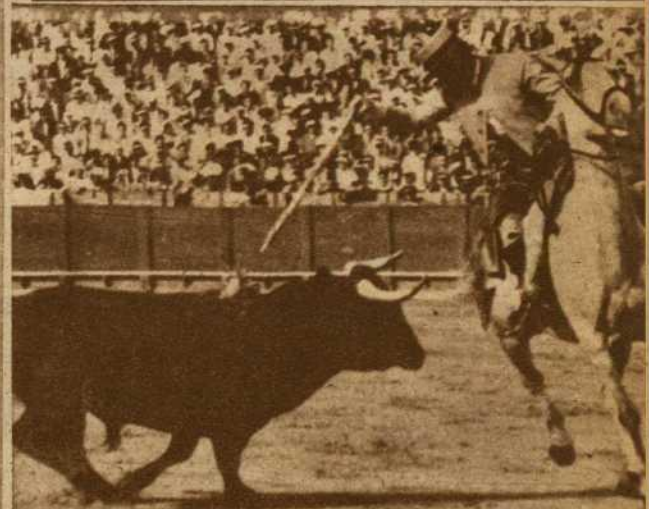
FERMIN RIVERA



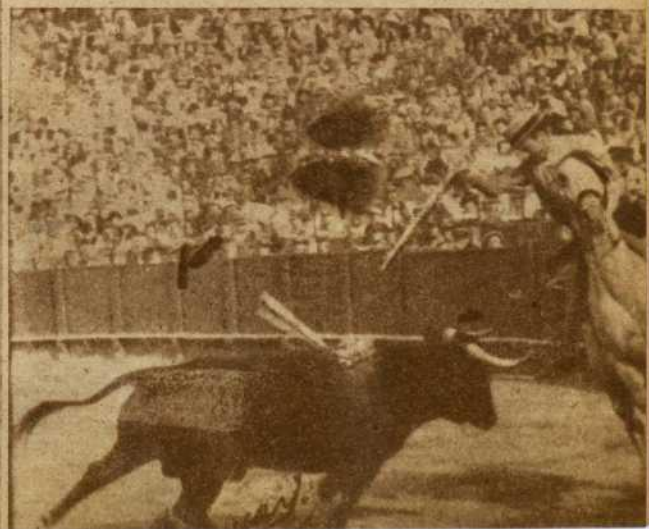
Dos momentos de Fermin Rivera, el mejicano, en la feria sevillana



ALVARO DOMECCQ



Alvaro Domecq, con su característica escuela y elegancia, colocando banderillas a su toro (Fots. Arenás y Mari.)



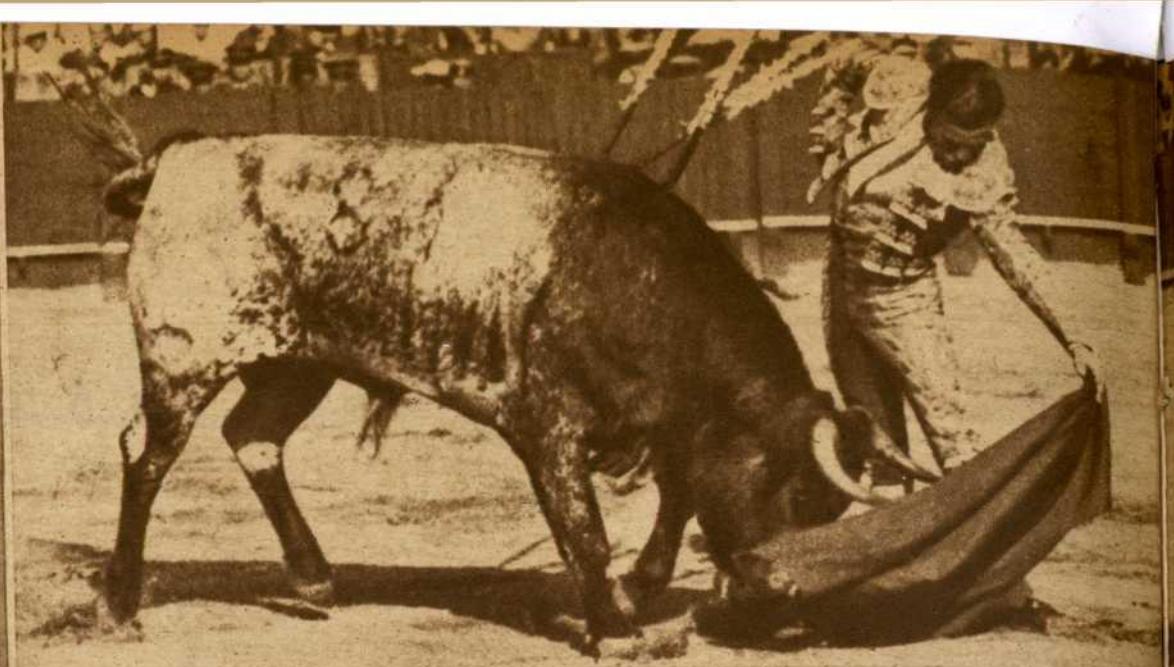


Manolete, que ha mantenido la emoción de la feria, en un muletazo con la derecha en la primera corrida



Pepe Luis Vázquez ha mantenido su prestigio como muletero. Aquí lo vemos instrumentando un pase por alto

El diestro cordobés, con la muleta en la izquierda, muestra su arte en este pase por alto



A base de naturales con la izquierda, sacando a relucir su arte maravilloso, el sevillano tira del toro, que gazapea en la arrancada

Lo que fueron las corridas

ESTA vez no fallaron los cálculos que anunciaban una feria brillante. Artísticamente, las cinco corridas de toros, de ciclo abrileño sevillano, han constituido un éxito, que ha tenido sus puntales más firmes en la insuperable maestría de Manolete, el valor emocionante no exento, por otra parte, de arte, de Carlos Arruza y la fina escuela de Pepe Martín Vázquez. Sobre esos tres nombres, a los que han de añadirse los de los ganaderos que, en general, cuidaron sus respectivos lotes, mantuvo este año la feria de Sevilla su indiscutible prestigio de gran festejo taurino. El público, llenando todas las tardes la Plaza (cosa que rara vez ocurrió), demostró que esperaba mucho de estas cinco corridas de toros.

LA INSUPERABLE MAESTRIA DE MANOLETE

Manolete ha sido el triunfador de la Feria de Sevilla. Sus cuatro actuaciones se han visto premiadas por el unánime aplauso del público y cuatro orejas —una cada tarde—, que prueban en cuánta estima tiene el cordobés la Plaza de la Maestranza. En Sevilla nadie puede dudar ya de que Manolete es un maestro insuperable. Para el cordobés no hay toro difícil. Al grande y al chico, al codicioso y al tardo, al toro con nervio y al apagado, a todos, absolutamente a todos, puede Manolete hacerles esa faena de muleta corta, si quiere, pero monumental y maravillosa. A todos también los puede torear de capa, parandose los, con singular valentía, a dos dedos del corazón.

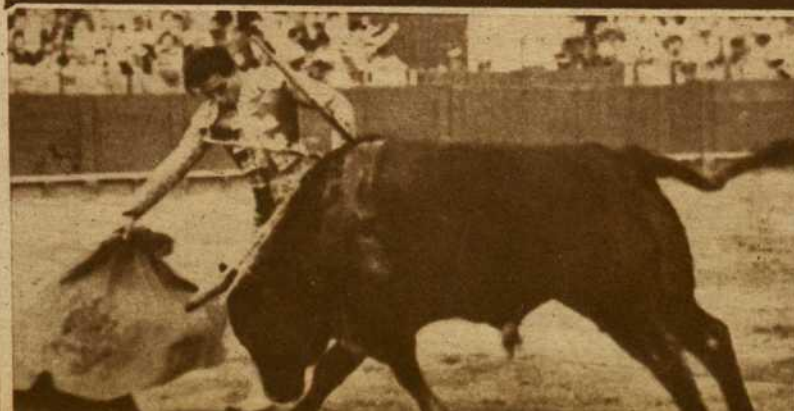
Y únase a una y a otra cosa esa tremenda facilidad para irse tras el estoque que en otro tiempo hubiera bastado para situar el nombre del cordobés en la más alta cumbre de la fama. Manolete que hubo de vencer la inicial hostilidad del público —receloso siempre con quienes gozan de su favor— ha demostrado hallarse en la plenitud de su arte.

Resumiendo su labor en la feria sevillana, hay que decir que su tarde más completa fué la tercera, precisamente con los toros de Miura. Sin embargo, con la capa su mejor faena fué la del quinto toro de don Francisco La Chica.

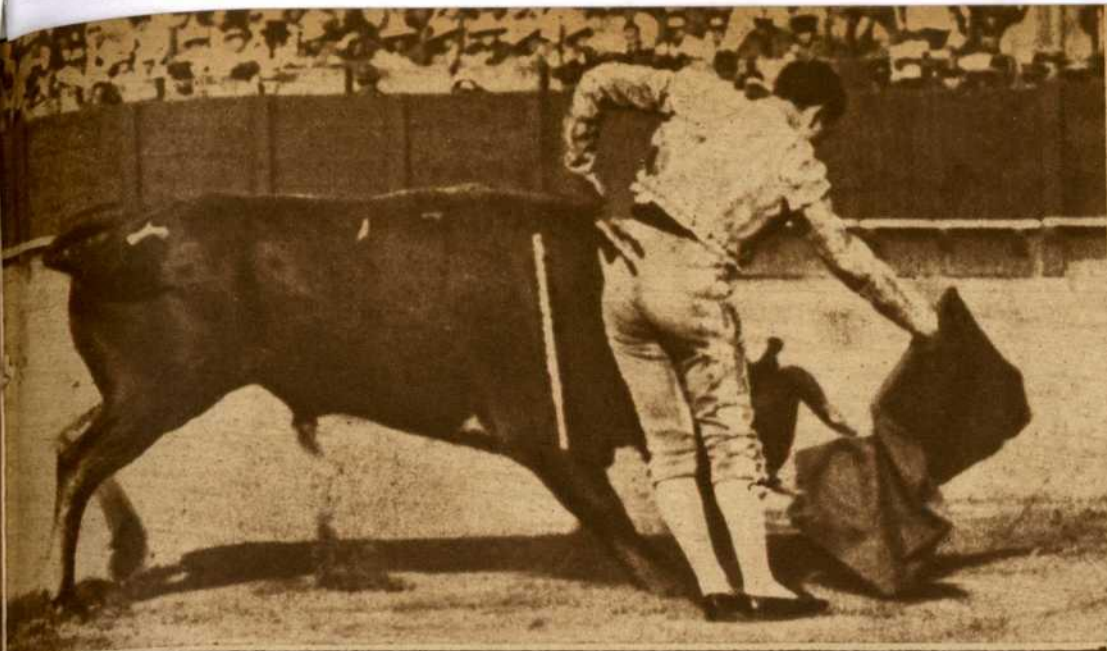
CARLOS ARRUZA, O EL REINADO DE LA EMOCION

Dudamos de que se haya producido nunca en la Maestranza un clima de emoción tan alto como el provocado por Carlos Arruza en la primera corrida de feria; más concretamente, en la lidia final del toro que cerró plaza. Ya en su primero el torero criollo había confirmado con tres magníficos pares de banderillas y una faena de muleta temeraria y artística la magnífica impresión que dejó en la corrida de la feria septembrina... Pero fué a partir del tercio de banderillas del sexto cuando la Plaza entera, hecha emoción, tuvo ocasión de darse cuenta del valor no exento de arte de Carlos Arruza. Prendido al colocar un par de poder a poder, dándole todas las ventajas al toro, Arruza tomó la muleta al borde del desvanecimiento. Un fuerte porrazo en el vientre —la cogida fué aparatosa— le situaba en un terreno de inferioridad manifiesta ante el enemigo. Sin embargo, Arruza cuajó una faena de muleta temeraria, en la que se pasó al toro a una distancia inverosímil, que juzgamos imposible de acertar. Los pases por bajo, los naturales, los molinetes de rodillas, quedándose ante la misma cara del bicho... pusieron en vilo a los espectadores, que, viendo al espada jugar la vida con tanto desprecio, pedían a voces que terminase pronto. Cuando Arruza se fué tras el estoque y el toro cayó muerto, el público —que no se había movido de su puesto, pese a la costumbre de retirarse apenas el matador monta la espada—, unido en un clamor inenarrable, pidió para el torero los máximos trofeos. La presidencia, sin embargo, no le concedió más que una oreja. Aquella tarde no se hablaba en Sevilla más que de la faena de Carlos Arruza... Al día siguiente volvió el diestro mejicano a entusiasmar al público. Fué en una faena más reposada, más torera, en la que entre naturales y molinetes dió la «arrucina», pase temerario

Fermín Rivera, el diestro mejicano que figuró en esta feria junto a las grandes figuras, aguanta firme la embestida, y con la muleta logra el primer pase a su toro



en que el engaño es mínimo, porque la muleta cogida con la mano derecha asoma por detrás del diestro, por el lado contrario. El premio fué una oreja y la consiguiente vuelta al anillo. Carlos Arruza ha sido, según se apreciará por lo escrito, la nota emocionante de las corridas de la feria sevillana. No sabemos si por otras Plazas el criollo se jugará todas las tardes la vida con esa elegancia. Lo que sí afirmamos es que en Sevilla ha dejado su nombre bien plantado y su fama a una altura excepcional.



Pepe Bienvenida, veterano en el arte de torear, trata de cuajar su faena. Momento en que Pepote logra un buen pase con la derecha



Pepín Martín Vázquez, al que se esperaba con gran expectación, triunfó igualmente. La mano izquierda juega aquí un importante papel cuando intenta torear por alto

de la feria sevillana de abril

PEPE MARTIN VAZQUEZ, O LA GRACIA DE LA ESCUELA SEVILLANA

Pepe Martín Vázquez une a la gracia fina de la moderna escuela sevillana —que tiene su arranque en Chicuelo— un valor inteligente que le viene de casta. Con estos dos elementos, Pepe Martín Vázquez puede mandar en el toreo. En Sevilla había grandes deseos de verle. Y el chaval no ha defraudado a nadie. Por el contrario, tanto en la corrida segunda como en la quinta, supo ganarse la estimación del público practicando un toreo de capa alegre que Chicuelo inventó, clavando al cambio magníficos pares de banderillas, adornándose, en fin, con la muleta, en un variadísimo repertorio, eficaz, inteligente y brillantísimo. Su gesto de valor al toro de don Angel Sánchez, que cerró plaza, tras la aparatosa cogida, convenció definitivamente al público, que le otorgó las dos orejas de su enemigo, doble trofeo que este año tan sólo él ganó en la feria sevillana.

LA ESPERADA RECUPERACION DE PEPE LUIS VAZQUEZ

Por quienes estiman —y en Sevilla constituyen legión— que Pepe Luis Vázquez tiene suficiente categoría para figurar entre los primeros, la Feria de Sevilla era esperada con ilusionado interés. «Como el niño quiera...», se decía en las tertulias taurinas. Porque tras la pasada temporada, que en la carrera del torero de San Eusebio había significado un doloroso paso en falso, se estimaba que la Feria de abril podía marcar la inicial de una recuperación brillante y necesaria. Desgraciadamente, no ha sido así. Pepe Luis no ha conseguido, en el escenario de sus mejores triunfos, cuajar una faena completa. Algunas veces en un tercio de quites, en unos lances con los pies juntos, en una serie de naturales templados..., ha recordado sus buenos tiempos de novillero; pero después ha llegado el desánimo, la desconfianza, el quitarse de encima cuanto antes al toro, con el natural recelo de la multitud. Porque el público, que está siempre dispuesto a otorgar a Pepe Luis un honorable crédito, sabe cuánto se le puede exigir... Los dos momentos más brillantes del muchacho —la faena de muleta brindada al director de EL RUEDO y la que le hizo al tercer toro de la última corrida— demostraron que hay razones para tal exigencia. Pero Pepe Luis no quiso o no pudo redondear el éxito. Y al atravesar al toro cárdeno de Miura —uno de los mejores que se han lidiado en la feria— perdió con el trofeo que merecía la gran oportunidad de rehabilitarse ante una afición que le alzó, y que viene esperando desde hace meses que el «niño quiera»...

EL PUNDONOR DE FERMIN RIVERA

El éxito del Domingo de Resurrección movió en torno a Fermín Rivera gran expectación. Pero Rivera veía convaleciente de una cogida y no pudo —en evidente desventaja— complacer totalmente al público. De los cuatro toros que mató, tan sólo en uno, el lidiado en quinto lugar el último día, estuvo confiado y valiente. Incluso se atrevió a banderillar, a pesar de que no se hallaba en perfectas condiciones físicas. La gente comprendió cuanto el diestro hacía por complacerle y no le regateó el aplauso cuantas veces tuvo ocasión para ello.

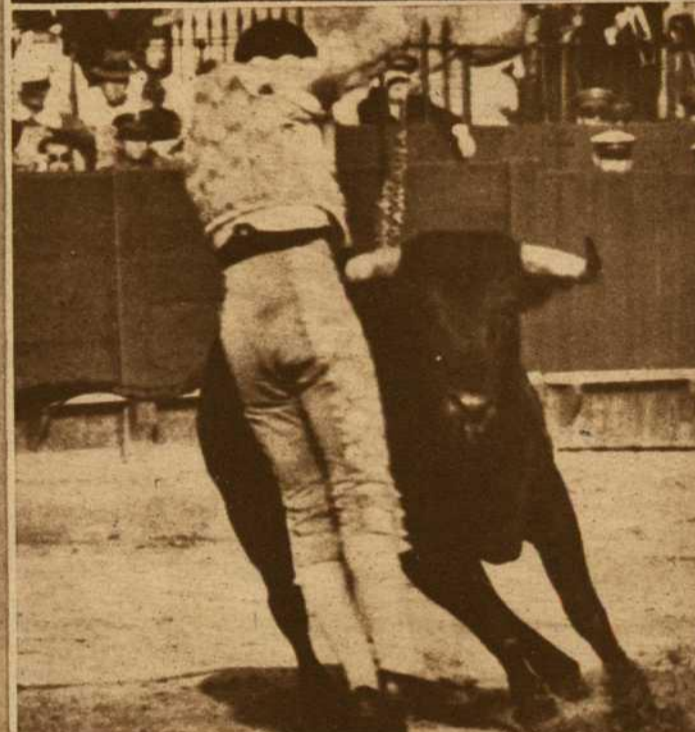
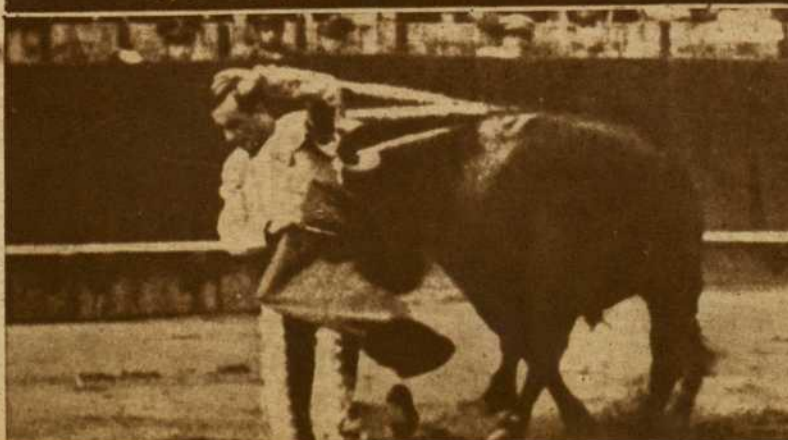
LA VETERANIA DE PEPE BIENVENIDA

De Pepe Bienvenida, o, mejor dicho, de la veterania del mayor de los Bienvenida, siempre cabe esperar. Sin embargo, en la feria sevillana la actuación de Pepe ha sido mediana, casi gris... Tan sólo con las banderillas ha recordado Pepe Bienvenida que lleva más de quince años luchando con los toros. Con las banderillas, en algún que otro pase de muleta, más eficaz que brillante.

LOS TOROS

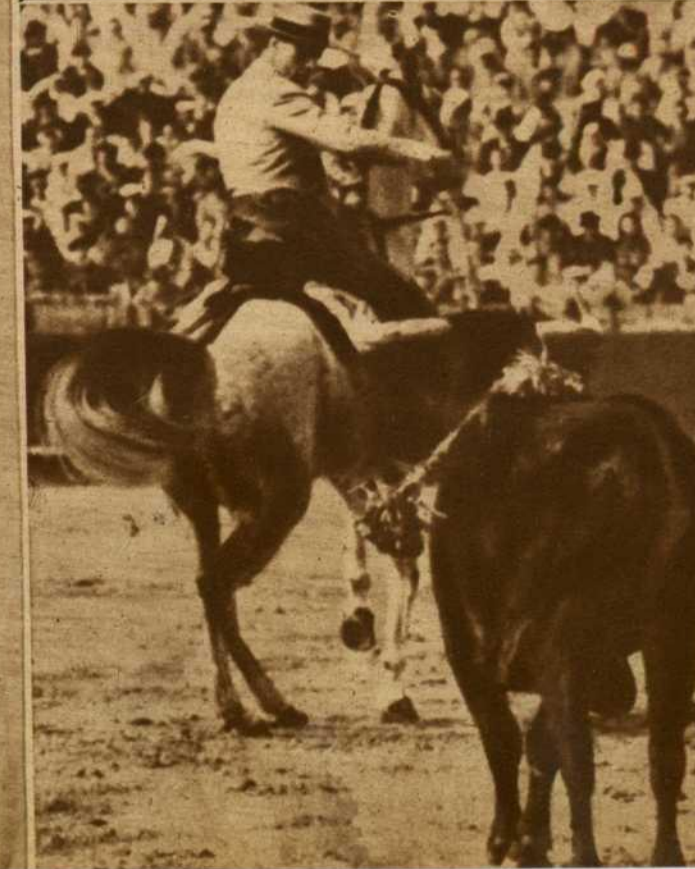
En general, ya lo hemos dicho, los toros fueron dignos del rango del festejo. La corrida de don Clemente Tassara anduvo bien de carnes —la media fué de 270 kilos—, y no ofreció grandes dificultades para los toreros. La de don Carlos Núñez también salió bien. Los miurases, aunque desiguales de presentación, resultaron bravos. La corrida de la Chica no anduvo tan sobrada de carnes como las anteriores. Y la de don Angel Sánchez resultó brava.

Arte y valentía, todo unido. El mejicano Arruza, con las rodillas en tierra, da unos molinetes escalofriantes



El arte de Pepe Bienvenida con las banderillas lució en las corridas de la feria sevillana. Aquí lo vemos clavando un magnífico par

Don Alvaro Domecq cita al toro con las banderillas, donde lució su maestría como jinete. El rejoneador jerezano fué muy aplaudida en su única actuación de la feria (Fots. Arenas y Martí)



FERIA DE ABRIL EN SEVILLA

LA FAENA Y SU TROFEO



Manolete saluda al público con la primera oreja concedida en la feria sevillana

LA PRIMERA OREJA DE LA FERIA FUE PARA MANOLETE

Fué el premio a una labor meritisima e inteligente —naturales, pases en redondo, molinetes y manoletinias—, en la que no faltó la nota de valor. Cogido aparatosamente, Manolete, sin preocuparse de las consecuencias, sin mirarse siquiera la rota taleguilla, volvió al toro con más firme decisión y reanudó la faena interrumpida para rematar la lidia con una estocada magnífica, cruzándose con el bicho como mandan los cánones. Fué oreja ganada limpiamente.

LA SEGUNDA, PARA ARRUZA

La faena de muleta de Arruza, en el sexto toro de don Clemente Tassara, fué excelente. Pero la oreja la ganó el torero mejicano en el tercio de banderillas. Después, con la muleta, afianzó el preciado galardón, con aquellos derechazos por bajo para fijar al toro, aquellos naturales con la izquierda, aquellos molinetes de rodillas... y, sobre todo, con aquella indomable decisión de vencer el dolor, de no irse hasta no dejar el toro muerto por una cierta estocada.

LA TERCERA, PARA MANOLETE

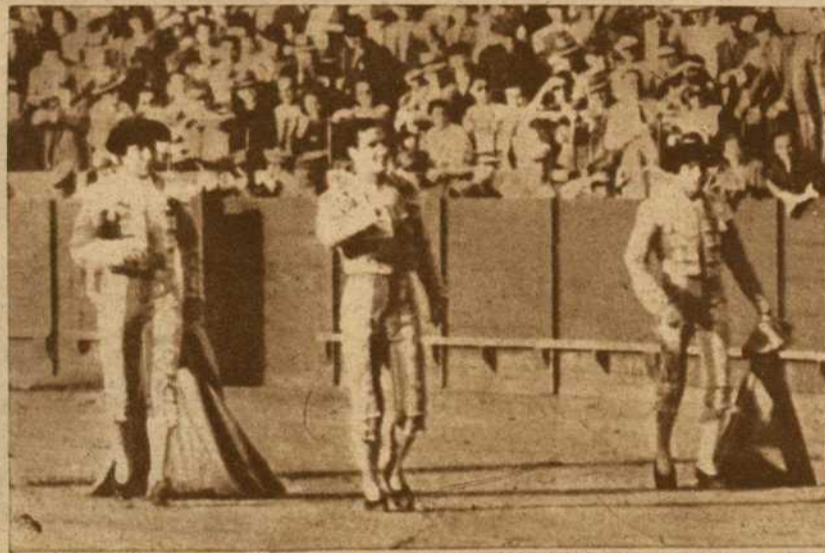
El cuarto toro, de don Carlos Núñez, llegó muy quédado al tercio final. Era negro y dió en la báscula 290 kilos. Manolete hizo una faena impresionante, a dos pasos de los pitones del bicho. A veces, el toro se paraba a medio metro del cordobés, y éste, quietísimo, sin descomponer la figura, lograba que desde tan escasa distancia el toro tomase el engaño. Tras el impecable volapié, el bicho murió de pie, como en la celebrísima «estocada de la tarde», de Mariano Benlliure.

LA CUARTA, PARA ARRUZA

El toro lidiado en quinto lugar, en la segunda de Feria, fué, como sus hermanos, gordo y bien armado. Arruza, tras un brillante tercio de banderillas, le sacó una faena de muleta —brindada por cierto a la hija del Caudillo— en la que hubo arte y emoción. Para el aficionado inteligente, esta faena fué mejor que la del primer día. Para el público en general, no. No obstante, el galardón fué concedido con



Pepín Martín Vázquez, el único matador que consiguió dos orejas en un toro, acompañado de su cuadrilla, se dispone a dar la vuelta al ruedo



La segunda oreja que se dió en la feria correspondió a Arruza. El mejicano se ganó el apéndice en la suerte de banderillas

LA SEPTIMA, PARA MANOLETE

Fué, a nuestro juicio, la faena más completa de Manolete. El toro —tercero de la cuarta corrida— no ofrecía grandes dificultades. Pero esto no resta mérito al diestro. Manolete toró de capa magníficamente. Y después, con la muleta, tras brindar a los aviadores portugueses, realizó una faena impecabilísima. Y mató de una estocada certera, que hizo rodar al toro sin puntilla. Con la oreja se ganó una ovación que se prolongó largo rato.

DOS OREJAS PARA PEPE MARTIN VAZQUEZ

Pepe Martín Vázquez ha sido el único torero que se ha llevado en la Feria sevillana las dos orejas de un toro. Y hay que aclarar que merecidamente. Porque dejando a un lado su labor en ese toro —el último de la Feria— con la capa, las banderillas y la muleta, labor que al decir de un aficionado podría titularse «la faena de la Feria», tuvo Pepín el rasgo valeroso de rematarla, tras una aparatosa cogida con un espléndido volapié.



Carlos Arruza —cuarta oreja— da la vuelta al anillo entre las ovaciones del público sevillano (Fotos Arenas y Mari.)

manifiesta conformidad de toda la Plaza. Mató al toro de un pinchazo y una estocada.

LA QUINTA, PARA PEPIN MARTIN VAZQUEZ

La quinta oreja concedida en la Feria fué para Pepe Martín Vázquez. Y precisamente en un toro grande, que pesó 304 kilos. Pepin preparó bien el terreno con tres pares de banderillas al cambio, que le valieron otras tantas ovaciones. Después, con la muleta, prodigó los naturales con la izquierda y los pases de rodillas. Mató de media estocada en lo alto, que bastó.

LA SEXTA, PARA MANOLETE

En la tercera corrida de Feria —con los famosísimos Miuras—, mereció Manolete cortar orejas en los dos toros. No se la dieron más que en su primero: un toro colorado, de estampa clásicamente miureña, de mucha casta y de difícil lidia. Manolete consiguió anular, al cuarto pase de muleta, las malas intenciones del bicho, que se entregó sin dificultades para que fuese mayor la apoteosis de Manolete. Lo mató de media estocada en lo alto.



Manolete en la vuelta al ruedo que dió al conseguir la tercera oreja que se dió en la Maestranza sevillana

Para el escultor JOSE ORTELLS

el tamaño de los toros es una cuestión de perspectiva

En las Plazas grandes parecen chicos y en las Plazas chicas parecen grandes



hacer una faena tan grande en la Plaza de Madrid como no creo que se haya visto ni se verá otra igual. Aquello era más que torear. Era dibujar los paseos, como si toro y torero estuvieran de acuerdo. Allí tiró El Galló de todo su repertorio y destapó, como dicen los clásicos, el tarro de las esencias, hasta gastar la última gota. ¡Aquellos ocho que trazaba con su muleta! Fue tan genial, que todo lo que vi después me parecía ya frío, sin interés. He visto, a lo largo de mi vida, muchas corridas y muchas faenas, pero lo que hizo aquí la tarde El Gallo aún no ha tenido superación.

—¿Y hacia qué año fue eso?

—Allá por el 1910 ó 1911. Pero, naturalmente, hay otros motivos para justificar mi actual falta de asiduidad al espectáculo, que no es falta de afición, puesto que siempre estoy pendiente de los carteles atrayentes, y, además, me leo todas las crónicas y reseñas que se escriben de las corridas.

—Vamos a ver qué es lo que pasa.

—En primer lugar, la magnitud de la Plaza, su monumentalidad. Como espectador, me gusta la proximidad del peligro. Por eso, cuando existían las Plazas de Tetuán y de Carabanchel, yo iba mucho a ellas. Eran tan pequeñas, que había peligro, o parecía que lo había, hasta en los techidos. Por otra parte, yo no estoy ya para tomar parte en esa lucha que significa hoy el conseguir una entrada y para participar en esa otra batalla que es el ir a la Plaza. Para mis años, la fiesta de toros está demasiado incómoda.

—¿Cuál es su más antiguo recuerdo taurino?

—Una corrida en Castellón, en la que el Guerra mató seis toros. Me llevó mi hermano, bastante mayor que yo. De esa lejano día se me ha quedado el detalle de que todos los toros vomitaron sangre, lo que demuestra que el Guerra los mató de buenas estocadas. Entonces los toros me parecieron muy grandes. Pero esto puede ser porque yo era aún muy pequeño.

—Un problema de relatividad.

—Algo de eso. Ahora que tanto se habla de toros de ayer y de hoy, de toros grandes y chicos, le diré que yo creo que se trata de un punto de vista, de una cuestión de perspectiva. En las Plazas enormes, las figuras parecen pequeñas, y en las Plazas chiquitas ocurre al revés. El mismo toro que en una Plaza monumental es protestado, sería tal vez aplaudido en una placita de esas en las que, cuando sale la fiera, parece que ya no cabe nadie más en el ruedo.

—Puede que tenga usted razón.

—No le quepa la menor duda. Los toros parecen más grandes cuando más cerca se está de ellos. Es decir, que desde el burladero aparecen como enormes y desde la presidencia semejan toritos de juguete. Por eso yo, a los que protestan desde las localidades altas, les haría bajar hasta el redondel para que rectificaran su opinión.

—Un poco fuerte sería eso.

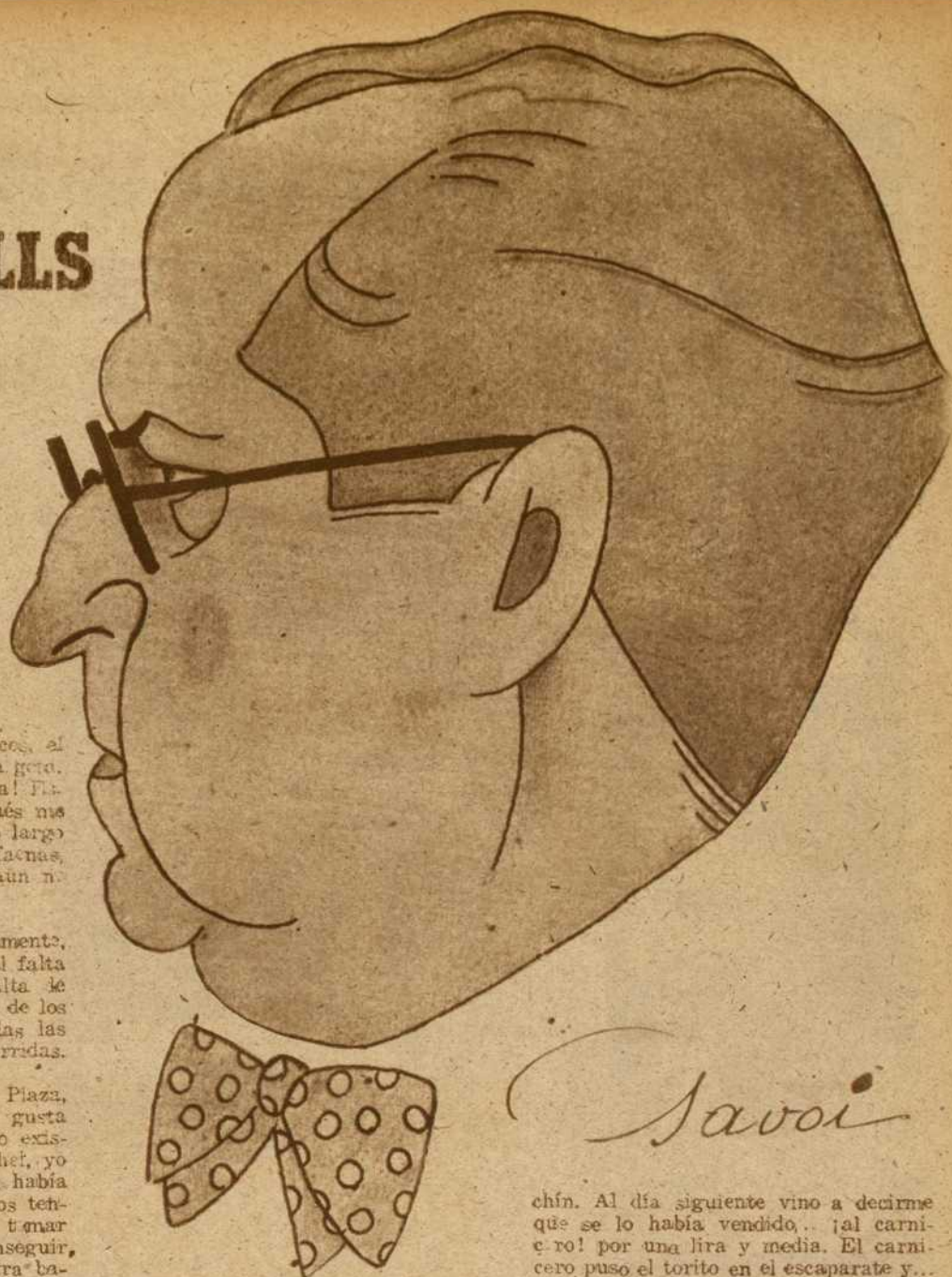
—Se lo digo completamente convencido, porque, además, tengo experiencia propia. He toreado algunas veces, en mis tiempos juveniles, y no tiene usted idea de lo que crecen los toros cuando se está en la arena. Una vez se organizó una hecruada a beneficio de la Asociación Madrileña de Caridad. Los que debíamos tomar parte en ella nos íbamos a ensayar a la Escuela Taurina que tenía Paco Frascuelo en La Ventosa. Cocherito de Bilbao iba con nosotros, y era curioso observar que al poner banderillas al "burro"...

—¿A qué burro?

—El "burro" le llamábamos a esa armatoste de madera al que se le ponen dos cuernos y un tablero de corcho para clavar en él las banderillas.

—Adelante.

—Cocherito se libraba del "burro" igual que de un toro. El "burro" lo manejaba el hijo de Frascuelo, y con unas intenciones que raras veces se ven en los Miuras. Pero, a lo que íbamos, en aquella



becerrada, y en otras que participé, me di cuenta de lo difícil que es poner las dos banderillas. Una banderilla la pone todo el mundo; pero para poner las dos hay que dar un pasito, sólo un pasito más, ¡y ese sí que es difícil darlo!

—¿Su afición taurina viene desde su infancia?

—Sí, claro, como la de todos los de mi generación. Nosotros, de chicos, jugábamos al toro. Esto era lo natural, como hoy lo natural es que jueguen al fútbol. En mi pueblo, los sábados mataban una ternera, pero antes la soltaban y nos dejaban torearla. Allí ensayábamos todos nuestras dotes taurinas y nuestra resistencia a los chichones. Como torero aficionado, yo he tenido mucho amor propio. En un festival, en el que, dirigidos por el Bomba, toreadan, entre otros, Baroja y Angelino Miguel, me arrojé delante de los chiqueros con la intención de dar una larga cambiada. Me tuve que quitar porque El Sastrillo me dijo: "¡Quítate, que si no, no sale!" No le quiero decir lo que sabía el animalito aquél. Y lo curioso es que al único que cogió fue precisamente al Sastrillo, un banderillero que, con el Bomba, era el único profesional que alternaba con nosotros.

—¿Qué influencia tiene su afición en su arte?

—No he realizado más que una vez un asunto taurino. Creo que este tema no es escultórico, porque la escultura sólo puede recoger un momento. Faltaría siempre lo que es esencial en el arte taurínico: la solución de continuidad, la no interrupción de la acción. Cuando estaba en Roma iba a celebrarse una Exposición, y se me ocurrió hacer un torito. Este torito figuró en mi estudio algún tiempo después, hasta que se lo regalé a un sablista algo birra-

chín. Al día siguiente vino a decirme que se lo había vendido... ¡al carnicero! por una lira y media. El carnicero puso el torito en el escaparate y... ya no he vuelto a sentir la tentación de tratar escultóricamente el tema.

—¿Qué opinión tiene del estado actual de la Fiesta?

—Se le ha quitado la pasión y la emoción. De los petos se ha dicho ya tanto en contra de ellos que no hace falta añadir más...

Lo que sí siento es la desaparición de las Plazas de Tetuán y Carabanchel.

Me gustaba ir a ellas porque siempre surgían valores nuevos y, además, por aquí la proximidad del peligro de que le hablaba antes. En la "ciudad" carabanchelera vi yo un festejo que no duró más que hasta el cuarto toro, porque los tres matadores acabaron en la enfermería. Era la primera corrida que presenciaba mi mujer y, por supuesto, todavía se asusta cuando la recuerda... Yo, a la fiesta, le quitaría los burladeros; pero no porque tenga intenciones asesinas, sino por la estética; es mucho más airoso y artístico ver saltar limpiamente la barrera a un torero que no verlo correr para refugiarse, con apuros, en el burladero. Cuestión de plástica. Por la plástica me gustaba el Niño de la Palma. En este sentido no ha habido otro. Dicen que antes los toros tenían más poder. Bueno. También los castigaban más, hasta quitarles ese poder. ¡Eran más grandes!

Ya le he dicho que para mí es un problema de perspectiva. Por otra parte, la cornada es la misma, sea cual sea el tamaño del toro, y el valor que hace falta para ponerse ante un toro no tiene en cuenta el peso. Es igual en todos los casos. Estas manifestaciones pueden chocar un poco en un aficionado de mi edad; pero le debo añadir que hoy se torea como nunca, más cerca, con más alegría, con mayor agilidad.

Y aun certifica Ortells con estas palabras:

—Las cosas como son...

NO cabe duda que la profesión del espectador influye en su manera de ver los toros. No los ve lo mismo, en efecto, un pintor, atento más que nada, al motivo estético y al colorido, que un ganadero, para quien el mayor interés se cifra en el jugo que den los cornúpetas, pasando el torero a segundo término; y no los ve lo mismo un novelista, para quien la fiesta es, principalmente, motivo literario, que un escultor, cuyos ojos buscarán siempre la plástica. Con un escultor es con quien hablamos hoy. José Ortells, el gran artista que, en su juventud, fue y se consagró en Roma y que actualmente explica sus magníficas lecciones en la Academia de Bellas Artes, tiene sus ojos de llamas de la luz de Levante, de esas tierras mediterráneas que han dado ya tantas figuras a la gloria y a la fama. Ortells es un viejo aficionado, aunque esta afición no sea ya tan próspera como la que le dominaba en los tiempos de su juventud. El mismo va a explicarnos los motivos:

—La culpa de que disminuya mi interés por la fiesta la tiene El Gallo.

—¿A causa de sus tardes deastrosas?

—¡Ca, hombre! Por todo lo contrario. A Rafael le vi yo

Rezar ante la Macarena, torear en España, conocer a Juan Belmonte y ver la Maestranza de Sevilla eran mis únicos deseos



Conchita es solicitadísima en su estancia por Sevilla. Los autógrafos, nueva modalidad en los aficionados, son requeridos constantemente... y en los abanicos estampa su firma...

CONCHITA Citrón nació en Chile, en la ciudad de Antofagasta, el 9 de agosto de 1922. Sin embargo, cuando a Conchita se le pregunta dónde nació, siempre le gusta aclarar varios detalles:

—Yo nací en Chile; pero verá... Mi padre es portorriqueño; mi madre, de ascendencia irlandesa. Yo nací en Antofagasta, pero a los dos meses salí de allí para ir a Lima, donde he vivido hasta hace cinco años. Sin embargo, soy ciudadana norteamericana, porque mis padres así lo quisieron.

—¿Qué nació antes en usted: la afición al caballo o la pasión por los toros?

—La afición al caballo. Yo iba desde muy pequeña a la escuela de equitación que tenía abierta en Lima el rejoneador portugués Ruy da Cámara. Oyéndole hablar de su época de «caballero en activo», fui interesándome por el rejoneo. Algunas veces él me obligaba a esquivar con el caballo la acometida de una cabeza de toro que tenía montada sobre unas ruedas... Yo entonces tenía diez u once años. Y en el colegio de monjas donde estudiaba, nadie veía mal mi entusiasmo por la equitación. Un día apareció por Lima el torero español Fortuna, y al saber que me gustaba el toreo, se empeñó en darme unas lecciones. Me ponía un capote en las manos y me enseñaba, «de salón», los lances más difíciles. Después repetía la faena con la muleta y el estoque...

—¿Cuándo vió la primera corrida?

—La primera corrida que yo vi fué también la primera en la que intervine. Fué en una corrida benéfica organizada en Lima, en enero de 1936. Rejoneé dos novillos, pero sin atreverme a echar pie a tierra. No obstante mis catorce años escasos, mi presentación constituyó un éxito.

CUANDO CONCHITA PRACTICABA LA HUELGA DEL HAMBRE

—¿No halló oposición familiar en los principios de su afición? Conchita sonríe... Y la señora de Ruy da Cámara, que con su marido acompaña a Conchita y ha seguido su actuación por todas las Plazas de Américas y Portugal, contesta amablemente nuestra pregunta.

—La única oposición que encontró Conchita fué la de su padre. Pero ella, que fué siempre muchacha de férrea voluntad, decidió entonces practicar la huelga del hambre... Se pasó varios días sin probar bocado. En su casa llamaron al médico, y el informe que dió obligó a su padre a conceder el permiso.

Dijo el doctor que, para Conchita, era peor la endeblez que se estaba buscando que el riesgo del toreo... Y ya no hubo más oposición.

—Al contrario —nos dice Conchita—. Mi padre se fué entusiasmando, hasta el punto de que por cada oreja que cortaba me regalaba una pequeñita de oro para mi pulsera. Aquí tiene usted las treinta primeras que corté. Cada una con la fecha y el lugar en que se celebró la corrida.

Y Conchita nos muestra una pulsera de la que cuelgan los treinta trofeos de sus primeras actuaciones.

—¿Cuándo comenzó su actuación como profesional?

—En Lisboa, meses después de mi presentación en Lima. Ruy da Cámara tenía grandes deseos de que los portugueses me vieran... Estuve cinco meses en Portugal, y cuando volví a Lima, me dispuse a tomar la alternativa como matadora de toros. Y así lo hice el 28 de julio de 1938.

CUATRO TEMPORADAS EN MEJICO

—¿Cómo fué marchar a Méjico?

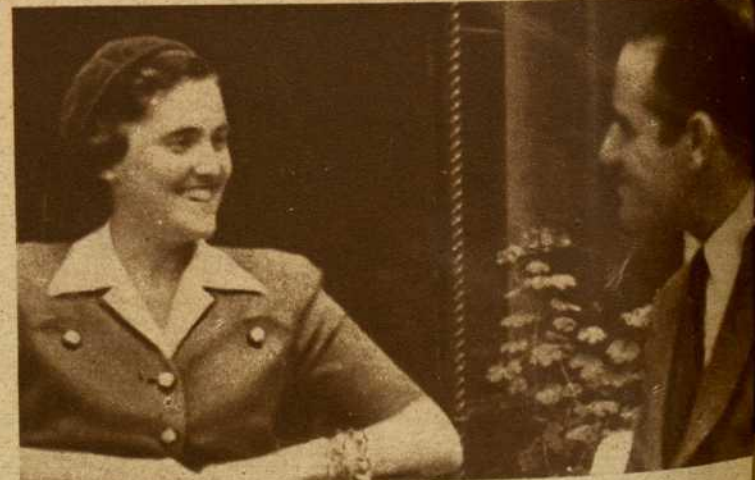
—Fué Chucho Solórzano quien me invitó a ir a Méjico, a una tienda que se celebraba en una finca de su hermano, a pocos kilómetros de la capital. Una vez allí, fui contratada y me presenté en la Plaza del Toreo el 20 de agosto de 1939. Después... comencé a torear por los Estados. Actué en Puebla, Pachuca, Ciudad Juárez, Querétaro, Guadalajara, Monterrey, Saltillo... Durante cuatro años, puede decirse que me he recorrido toda la complicada geografía de la gran República mejicana.

—¿Toreó en algún otro país?

—Sí. Actué también en Colombia y Venezuela. Y de vez



Conchita Citrón posa para EL RUEDO. Con ella aparece la esposa del rejoneador portugués Ruy da Cámara, acompañante de Conchita en su estancia y en sus actuaciones por España.



Uno de los sueños, de esos cuatro que anhelaba Conchita Citrón, era conocer a Juan Belmonte. Con el diestro andaluz conversa en el hotel en que se hospeda...

CONCHITA CITRON habla para El Ruedo

Ruy da Cámara, el famoso rejoneador portugués, y el malogrado Fortuna fueron sus maestros

en cuando iba a Lima o a cualquier otra Plaza del Perú. En los Estados Unidos he actuado también. Fueron tres exhibiciones incruentas, al estilo portugués, con toros embolados. Las tres funciones, que constituyeron otros tantos éxitos, se celebraron en un lugar próximo a San Francisco de California...

—¿Tuvo algún percance grave en esos años de triunfante actuación?

—Sufrí algunos..., pero tan sólo una vez recibí una cornada. Fué en Bogotá, el 26 de abril del pasado año. Me hirió el toro en el muslo, pero me quedé en la Plaza hasta la terminación de la corrida. Al toro que me hirió le corté la oreja. Cuando después del último toro fui a curarme, iba contentísima. Entre otras cosas, porque ya sabía lo que dolía una cornada. Otra vez también estuve a punto de ser herida. Pero en aquella ocasión me salvé gracias a la inteligencia del caballo que montaba, regalo del general mejicano Maximino Avila Camacho. El animalito, al ver que el toro se revolvió contra mí, opuso su pecho y se dejó cornear. Así dió tiempo a que me quitaran el toro. Pero el caballo quedó muerto en el redondel.

ELOCUENTE ESTADISTICA

—¿Cuántos toros ha matado usted, Conchita?

—Exactamente, cuatrocientos cuarenta y cuatro.

—¿Cuántas orejitas de oro podría usted llevar en la pulsera, si su papá hubiera seguido obsesquiándola como al principio?

—Ciento treinta y nueve.

—¿Cuál ha sido el toro de más peso que ha matado usted?

—Uno que pesó en bruto cerca de los quinientos kilos. Se había quedado sobrando de una corrida... y a mí me tocó matarlo.

—¿Siempre actuó vestida con traje corto andaluz?



Días de feria, Sevilla vive intensamente las jornadas más emocionantes de la temporada taurina. En una de las mañanas de esos alegres días de Andalucía, Conchita habla con nuestro director y el redactor Francisco Narbona



Un bello gesto de Conchita Citron. Su sonrisa es como la de la bella mocita andaluza. Ternura en la expresión, en la que nadie podrá encontrar la famosa "matadora"...

—Casi siempre. Tan sólo en tres o cuatro ocasiones vestí en Méjico, en honor al país, el traje charro.

—¿Qué le gusta a usted más; rejonear o torear?

—Del rejoneo, lo que más me gusta es la preparación y doma del caballo. Del toreo, me gusta todo... Yo, por torear, créame, soy capaz de ir al fin del mundo. No hace muchos días he estado en un tentadero del ganadero portugués Pinto Barreiro. Y en dos días he toreado cincuenta y cinco vacas.

—¿Qué suerte le gusta más del toro?

—La muleta. Y más concretamente, el derecho en redondo.

—¿Cuántos caballos tiene preparados actualmente?

—Seis. Tres me los traje de Méjico. Los otros tres son portugueses y han sido preparados por mí en la finca del rejoneador lusitano Victorino Frois.

—¿No le llamaron nunca para actuar en el cine?

—Sí. En Méjico hice una película titulada *Maravilla del toreo*. Yo era la protagonista. Y Pepe Ortiz era mi pareja.

LOS CUATRO DESEOS DE CONCHITA

—¿Cuándo toreó por vez primera en España?

—El 13 de octubre del año pasado, en la finca de Juan Belmonte, ante un grupo de amigos. Esto de torear en España era uno de mis cuatro deseos incumplidos...

—¿Cuatro deseos?

—Sí, señor. Tome nota: Uno era torear en España; otro, conocer a Juan Belmonte; otro, hacer el paseillo en la Maestranza... Y el cuarto —que era en realidad el primero—, rezarle, en su templo, a la Macarena...

Raimundo Blanco, este activísimo representante de EL RUEDO en Sevilla, que está con nosotros, rubrica la frase de Conchita como se hace por acá: con ese grito que a la vez es piropo y aplauso:

—¡Olé!

FRANCISCO NARBONA

(Fots. Luis Arenas)



Conchita mantiene viva su expectación, porque Juan Belmonte la está hablando de toros. Recuerdos de tardes gloriosas... El deseo de la rejoneadora está cumpliéndose...



TOREROS Y AFICIONADOS

EL RUEDO en la Feria de Sevilla



Pepe Luis y Eduardo Pagés, en la fiesta dada en honor de EL RUEDO



Nuestro director con el Niño de la Palma (hijo) y Francisco Narbona



Arriba: Don José Alonso Orduña y Marcial Lalanda, que asistieron a la fiesta.— Abajo: Nuestro director con el dibujante Saavedra, el fotógrafo Arenas Narbona

EN una caseta de la Feria, titulada, para que no haya dudas, «Esta es», se viene montando, desde hace cuatro años, un pequeño redondel, que si no tiene la historia de su hermano mayor, del ilustre ruedo del Baratillo, es sede de un numeroso y selecto plantel de buenos aficionados. Todos los días de Feria se lidan en la placita de la mencionada caseta eralas más o menos «afeitadas» —que el asearse es precepto higiénico— por diestros más o menos «fenómenos». Naturalmente que no falta la nota de humor, como tampoco están ausentes las formalidades —pasefello, brindis, etcétera— de la fiesta. En este redondel en miniatura se celebró, el segundo día de Feria, un cordial homenaje, organizado por un grupo de aficionados, entre los que figuraban los señores Pagés, Blanco (don Raimundo), Murga, etc., al director de EL RUEDO, huésped de Sevilla en estas jornadas de fiesta sin par, que se vió prestigiado por la concurrencia de numerosísimos amigos de Manolo Fernández Cuesta y de nuestra Revista. Allí estuvieron Juan Belmonte, Eduardo Pagés, Manolete, Pepe Luis Vázquez, Cayetano Ordóñez (padre e hijo), Paquito Casado, José Ignacio Sánchez Mejías, Camará, Pepe Nieto... y una nutrida representación de la Prensa madrileña y sevillana. Asimismo asistió al homenaje una «embajada» de la afición portuguesa —los del Sector Uno, de Lisboa—, que no quiso estar ausente, según dijeron, en el homenaje a «la mejor revista de toros del mundo».



El conde de Colombí, Revenga, Berta del Sa y Pepe Nieto



Los señores Williams y Cossio, dueños de la caseta donde tuvo lugar el homenaje, con el director de EL RUEDO

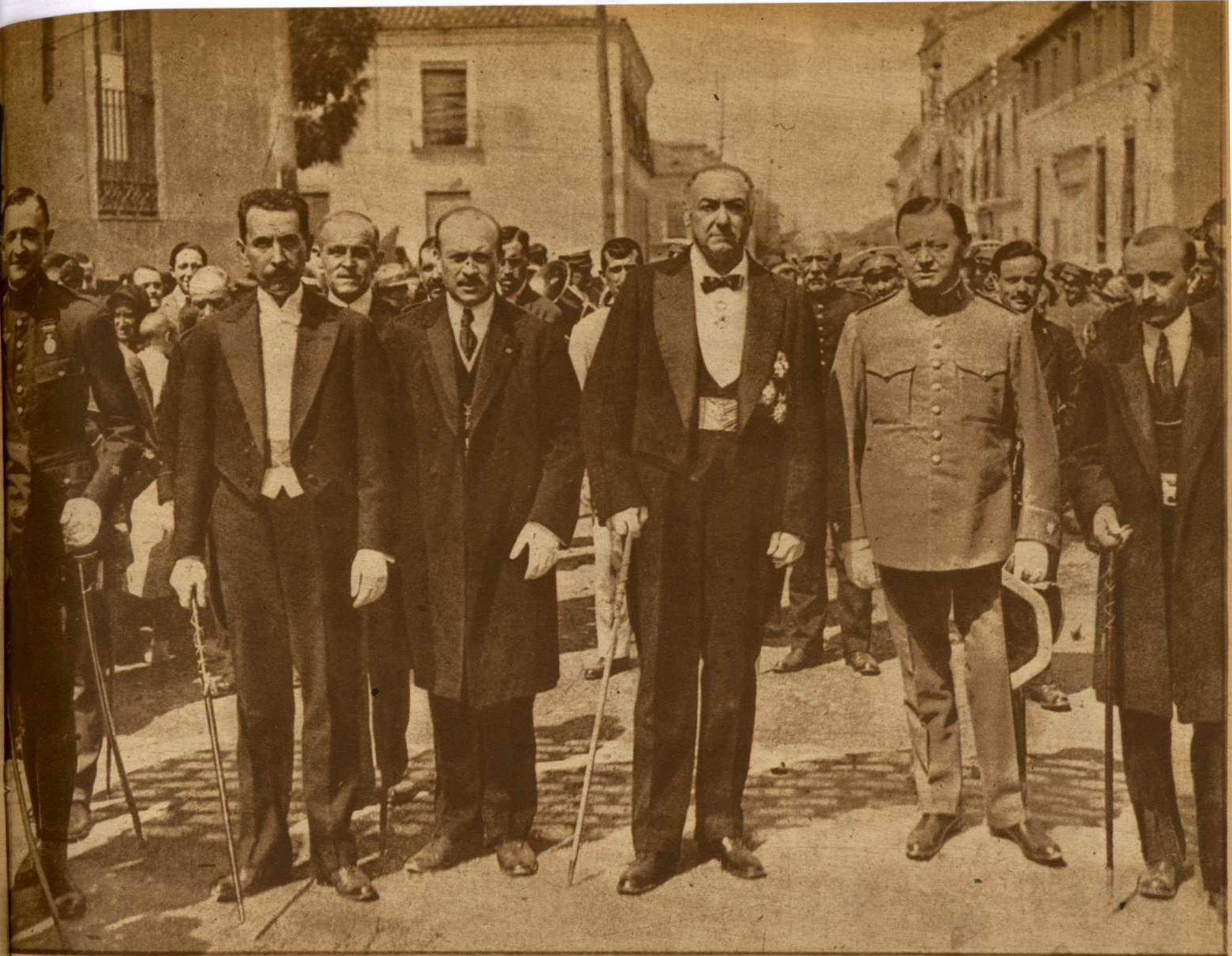


El director de EL RUEDO acompañado de Raimundo Blanco, nuestro representante en Sevilla; Narbona y Gisbert.— Abajo: Manolete, Pepe Luis y Pagés en un momento del festival



Manuel Fernández Cuesta y Juan Belmonte, en la fiesta.— Abajo: Raimundo Blanco, nuestro director, Mari, Julio Fuertes y Vidal (Fots. Arenas.)





ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS

DON LUIS, EL TORERO QUE FUE GOBERNADOR

El había nacido para sobresalir entre los hombres de su época. Y como estimara, según confesión propia, que en este país no se podía ser cosa más grande que tenor o torero, después de intentar dar el do de pecho sin resultado positivo, se lanzó por la vereda de Cúchares decididamente, consiguiendo llenar con su nombre una de las etapas más interesantes de la historia taurina. Y a fuerza de bien perfilarse y de bien marcar los tiempos del volapié, enterrando hasta el puño el estoque en el mismo «joyo de las agujas», se hizo un cartel entre los toreros de su tiempo, cosa que tiene un gran valor por tratarse de unos competidores de cuyos nombres aun suena el eco en los tendidos de las Plazas de toros.

Pero aquel gran estoqueador, torero sin tipo de torero, tuvo que terminar por ser lo que su aire su figura estaba pidiendo a gritos desde sus años mozos: político. Porque ya en la Plaza, desde sus primeros pasos por todos los ruedos, su gran sentido de director de lidia daba a entender la extraña fuerza que a que el hombre tenía para

el mando, para la dirección. Una corrida llevada por él, era notable y singular. No hacía falta preguntar quién estaba en la Plaza cuando los peones estaban en su sitio y metían el capote a su tiempo; cuando los picadores llegaban y sin vueltas ni persecuciones encontraban al toro; cuando los banderilleros no necesitaban pasar y reparar para colocar los rebiletes en lo alto del morrillo. No hacía falta, porque todo el mundo sabía que allí no podía estar otro que don Luis, el señorito torero, que despanzurraba un toro de una estocada hasta el puño. Por eso al verle vestido en la foto que hoy ilustra nuestra página con su elegante frac, sobre cuya negura albean las placas de las condecoraciones, el fajín rodeando su abultado abdomen y bastón empuñado en la mano derecha, no queda más remedio que confesar que este atuendo y este coro es lo que Mazzantini necesitó siempre. Y aunque a su cuerpo no le fuese mal tampoco la luz de las candelillas del Teatro Real, cantando la parte del bajo, hay que reconocer que le falta la mirada de traidor que suele tener cualquier bajo, aunque sea de poco más o menos.

Es pues ahí, en ese lugar con esa ropa, a falta de chistosa, lleno de condecoraciones, lo que su porte distinguido pidió siempre para él. Y es casi de lamentar que la fuerza que desarrolló en mandar toros al otro mundo, no hubiese sido encauzada desde un principio por estos derroteros. Porque

si a esta edad le sienta bien el frac a don Luis, hay que pensar que en sus buenos tiempos —cuando joven— hubiera resultado verdaderamente notable.



Mujeres en la Feria de Sevilla



Julia Molina ofrece en estas tres fotos la maravilla de su rostro, la gracia de su mirada y la alegría de su sonrisa.



La bailaora descubierta en una caseta de la feria sevillana, en un momento del baile

JULIA MOLINA sueña con su arte y quiere presentarse en Madrid



Julia Molina, que para el arte escénico se llamará Julia Feria, queda quieta ante la cámara en una postura de su danza

PARECIA un piropo cuando, Lumbreras abajo, iba todas las mañanas camino de la fábrica de Cerámica, donde trabajaba. Una flor más de las muchas de Sevilla. En Arte, 1, vivía la mocita de la Alameda, y como el nombre de su calle eran su gracia y su color: arte y esencia. Julia Molina —diecinueve años— taconeaba firme por el empedrado, sin mirar a nadie y pensando sólo en lo que llevaba tan dentro. Claros sus ojos, negro su pelo, la risa siempre abierta, era la estampa misma de la mujer sevillana, simbolizada en pinturas y poesías. Nadie diría, al verla tan ceñida en su caminar, tan a lo «suyo», que era una obrerita que ganaba un jornal y del jornal vivía. La admiración del barrio y su alegría. Pero Julia Molina, tan llena de luz, en su interior, era una candela que se extinguía poco a poco. Fuego por fuera y, sin embargo, en el fondo de su alma sólo había negruras de penita, pena. Aquella muchacha, que honradamente trabajaba para su gente, se consumía en el dolor de no ver jamás satisfechas sus íntimas aspiraciones, que concretaba en un solo deseo, en el mismo anhelo siempre: ¡bailar!; ser «bailaora» famosa, enfrentarse con los públicos y vencerlos con el ritmo de la danza, el sonar de los palillos y el vuelo garboso de su bata de lunares. Soñaba Julia Molina cuando ante la labor de todos los días daba color al azulejo, que parecía deshacerse en la calentura de aquellas manos artesanas.

Más que el sol de la Alameda brillaba Julia Molina. Y nadie diría al verla que no era feliz. Florecían alegrías a su paso, piropos a su caminar, y todo para ella eran ojos de anhelo y miradas de enamorados. Retornaba a su casa, a su modestísima casa de vecinos, desesperada del mismo quehacer de todos los días. Otra era su cara. Llanto en sus ojos y la misma desesperación siempre.

—¡Esto no es pa mí, madre! Me ahogo en la fábrica. ¡Para vivir así, más vale morirse!

Y tenía razón la obrera sevillana. Volaba su fantasía tan alto, tan alto, que no podía comprender una existencia cotidianamente reducida a una tarea anónima que se perdía sin gloria y sin luz.

—Yo quiero bailar, quiero que me aplaudan, quiero ver mi nombre en los carteles. ¡Julia Molina! ¿No es todo esto bonito, madre?

Pero todo ello costaba dinero. Para triunfar en el arte no hace falta sólo poseerlo: se necesitan ayudas, conocimientos, adentrarse en el mundo peligroso de las protecciones y saber sobreponerse con firmeza a todas las falsas promesas y halagos interesados.

—Eres muy joven, niña —decía la madre—. Cuando uno nace, ya se lleva escrito el sino de la vida.

—¡Pues yo no me conformo! Sin apartarme de mi senda, sin tener que ceder de mi propia estimación, llegaré a ser famosa bailaora.

Y así, uno y otro día, todos lo mismo. El diálogo terminaba también siempre igual:

—¡No sueñes, Julia, no sueñes!

FERIA DE ABRIL

Quemaba la noche abriena. La feria sevillana estaba en todo su esplendor. Noche azul con brillo de oro, donde la gente caminaba de un lado para otro embriagada de aturdimiento, de risas y estrépito. En las casetas, la bullanga jubilosa del baile y del canto. Por las calles del ferial, los coches a la andaluza con sus «cuatro jacas castañas», y el cochero flamenco, muy ladeado su sombrero cordobés.



Espléndido exponente de la gracia y belleza sevillana, Julia Molina puede ser el símbolo de la feria de abril

Voces de pregoneros, vendedores ambulantes, con sus hipérbolos y sus exageraciones al gritar su mercancía.

—¡Cambas de cáñ, como langostinos!

—¡Bocas de la isla!

Más allá, los caballitos, el «sube y baja», los «florvivos» y más allá aun, el rugir temible de un viejo león de circo.

—¡Pasen! ¡Pasen para ver lo nunca visto! ¡Carreras de ratones en una botella de La Guita. ¡Lo sensacional! ¡El ratón y la ratona en competencia! ¡Pasen, señores, pasen al Ratonódromo!

Otra voz que intentaba subir por la estridencia de las muchas voces de la feria decía también:

La "bailaora" que se reveló en una caseta

«Me gustaría brillar como esas estrellas que ahora dan luz a esta noche de abril»



Otro momento de su baile, que la cámara de Mari ha sabido detener para dejarnos una muestra del sabor y de la gracia de esta sevillana

—¡Aquí sí que está lo nunca visto!
Al conjuro de lo desconocido, entraba la gente con curiosidad. ¿Qué había dentro de aquella barraca? No había más que luz de farolillos.
—¿Y esto es lo que hay que ver?—preguntaban.
Y el feriante, con gracia, respondía:
—¡Lo nunca visto! ¿Es que ve usted algo, caballero?
Porque, efectivamente, no había nada que ver, pues no había más que gracia sana y broma bien intencionada.

Julia Molina llegó a la feria. Todo un año pensando en estos días inolvidables para lucir bajo las estrellas el color blanco y rojo de su vestido de flamenca. Estaba bonita porque sí. Muy planchado su pelo negro bajo el peinado, con un moño gracioso que caía sobre su nuca y en él un manojo de claveles que casi palidecía al compararlo con los labios de la obrera de la Alameda. A su paso, la gente se volvía a contemplar aquel garbo inimitable.

—¡Osté, m'are, parece que nunca han visto a una mujer!
Y puede que tuviese razón Julia Molina, porque, realmente, como ella había pocas.



Julia Feria, junto a la reja, parece pedir la copla y el rasgueo de una guitarra (Repor. gráfico de Mari.)



Arte, alegría y belleza se reúnen en la airosa figura de esta mujer, nacida para bailar

lanzaba al aire de la noche de abril la música de unas sevillanas. Parejas bailaban a su ritmo con esa gracia tan típicamente andaluza, que todo lo convierte en arte sin par.

—¿No lo hago yo mejor?
—Siempre lo mismo, Julia.
—¿Pues a qué he venido yo a la feria? ¡A bailar, madre, a bailar! A que me vea la gente. ¡Si yo encontrase quien me comprendiera!...

El rostro de Julia Molina no podía pasar inadvertido. Del interior de la caseta la reclamaron.

—¿Usted baila, mocita?
Y ella, que no ansiaba otra cosa, ni respondió. Abrió franca su sonrisa, y al paso de su taconeo parecía que era suya la caseta entera.

Los toritos de Miura ya no tienen miedo a nada, ya no tienen miedo a nada...

Los toritos de Miura...

El cante, al son de las palmas, acompañaba el baile de Julia Molina. Un muchacho, guayabera blanca, pantalón negro y sombrero ancho, fué su pareja.

Nunca como en aquellos instantes sintió más emoción. Incansable, bailó toda la noche. Cambiaba la pareja, pero ella no sentía ni fatiga ni cansancio. Parecía que su presentimiento iba a convertirse en realidad.

—¡Si yo encontrase alguien que me comprendiera!...

UNA MADRUGADA BONITA

La aurora cambiaba el color del cielo. Dejaron de lucir las estrellas al inicio de la luz natural. Con las claras de la mañana tempranera cesó el baile. Julia Molina y su madre —las dos solas— retornaban a su modesta casa, en las Lumbreras.

—¡Otra noche más, y la feria termina, madre!...

Parecía que estaba escrito. Cuando nadie podía esperar, alguien se acercó a Julia Molina para decirle:

—Usted perdone mi atrevimiento. La he visto bailar, y yo le digo que como usted baila hay pocas que lo hagan.

—¿Lo dice usted de verdad?—respondió.

—De verdad, de la buena. Y le digo más: el augurio de que llegará muy lejos con su arte. Reúne usted todas las condiciones. Piense y medite lo que le digo. Mis palabras no son solamente palabras por decir algo agradable. Tengo ya muchos años y soy artista. Créame que he quedado asombrado. Si usted se decide, acuérdesse de estas palabras nobles y desinteresadas. Yo soy viejo para decir piropos a las mujeres.

—Usted será bailaora y de las buenas. Tenga usted mi tarjeta y... ¡muchoa suerte, mocita!

Julia apretó en sus manos la cartulina, fijó su vista en lo escrito y llegó a su casa.

Nunca le pareció más bonita aquella madrugada sevillana.

Y empezó a soñar con los ojos muy abiertos...

MIGUEL LUCENA



La extraordinaria belleza de esta bonita sevillana, en tres momentos que la ponen de manifiesto

EL PLANETA DE LOS TOROS

¡El publiquito se las trae!

Por ANTONIO DIAZ-CAÑABATE



Las localidades de una Plaza de mundo donde se dicen más tonterías en menos tiempo. Todo el que las ocupa se las da de enterado, no sólo de lo que está pasando en el ruedo, sino de las cuestiones más íntimas relacionadas con los diestros, con los ganaderos, con los empresarios y hasta con los caballos. Principalmente conocen al dedillo la cuestión del dinero.

—¿Sabe usted lo que cobra hoy el Mengano? —vocifera un majadero en el tendido, como si se lo comunicara en secreto a su vecino de localidad, que, por supuesto, no le hace caso, porque el hombre ha ido por las buenas a pasar la tarde en los toros—. Pues 47.250 pesetas. Lo sé de buena tinta. Conozco desde piquito al hijo de un contable de la Empresa, que es el que me lo ha contado a mí.

—Bueno, ¿y qué? —contesta el espectador sencillo.

—¿Cómo que y qué! ¡Así está la afición! Yo, que estuve abonado en la otra Plaza a una grada del 7 desde que me destetaron, le digo a usted que el Mengano cobra esta tarde 47.250 pesetas.

Este párrafo, casi todo él, lo ha dicho en do de pecho, y tres filas más atrás surge la voz del gracioso:

—¡Callarse, que no se ve!

—¡No me da la gana, que para eso

ne pagado! Y, además, hoy la Empresa, con esta entrada, no baja de los treinta mil duros los que se embolsa. Y uno haciendo aquí el canelo. ¿Ve usted ese banderillero que corre? Pues a ese le atizan sus buenas 850. ¡Así está el torero!

Esta clase de pelmazos son inaguantables. ¡Pero anda que esos otros que se las dan de íntimos amigos de uno de los matadores, no les van en zaga!

—¡Qué buen chico es el Fulano! ¡Si lo hubiera usted visto la semana pasada comerse, mano a mano con un servidor, una tortilla de gambas! ¡"Amos", es que se le caían a uno las lágrimas! Y ya lo ve usted ahora, tan tranquilo ahí, jugándose la vida. Yo es que cada vez que lo pienso... Y no dejó upa gamba, no vaya usted a crear. Claro que conmigo tiene una confianza lo que se dice ilimitada.

Y se pasa la tarde hablando sin parar de la tortilla de gambas, la cual se les infligiera a los desgraciados vecinos, quienes toman venganza chillando al pobre torero, que ni ha comido tortilla de gambas en su vida ni conoce siquiera de vista a su íntimo amigo. A alguno de estos pájaros se les olvida de pronto que son íntimos del Fulano, y con un pito que llevan en el bolsillo del chaleco pitan más que un guardia de la circulación. ¿Ustedes se dan idea de la calidad de las entrañas que hace falta tener para ir a los toros a divertirse, pero provisto de un pito, guardado como oro en paño en un bolsillo oculto? Yo tuve una vez la desgracia de que me tocara al lado de uno de estos prójimos. Y en cuanto sacó el pito, le miré a la cara al tío y no lo dudé un instante: salió corriendo y vi la corrida en la puerta del tendido, detrás de los acomodadores, tan ricamente.

¡El publiquito se las trae! La frase es exacta. Una cosa es pagar la entrada y otra es ser tonto. Se perdona menos la tontería que la crueldad, porque, además, contra la crueldad se puede reaccionar incluso violentamente; pero la tontería nos aplana. A un señor que dice: "Mire usted, para mí el toro no tiene secretos. Soy pariente de uno de los tipógrafos que confeccionan los carteles, ¿sabe usted?, y me entero antes que la Empresa de quién torea cada domingo." ¿Qué hace usted con este respetable señor? ¿Lo va usted a matar? Bueno, pues de esta debilidad se aprovechan ellos, y al segundo toro tenemos un do'or de cabeza espantoso. Esta y no otra es la causa de que se salga de los toros con la cara lacia y el aire abatido y triste, aunque la corrida haya resultado buena.

Lo que ya traspasa los límites de lo tolerable es el hecho de que por que un señor posea una voz recia que puede oírse en toda la Plaza, pero carezca en absoluto de ingenio y de gracia, este señor se considere en la obligación de imponernos sus opiniones que a nadie le interesan. ¡El publiquito se las trae! ¡Hasta ovaciona y todo una vulgaridad patosa, nada más que porque molista a un torero que anda malamente alrededor de un toro!

No ignoro que la fiesta es de suyo tumultuosa y un tanto alocada y pasional. ¡qué le vamos a hacer!, y que entre muchos miles de espectadores no suela abundar gente de la altura intelectual de don José Ortega y Gasset; pero, ¡caramba!, entre la Empresa, que estima que un cartel de la Plaza de Madrid es el juego de la gallina ciega (por lo menos ésta es la sensación que tiene uno de cómo se combina un cartel en las oficinas de la calle de la Victoria, algo así como esta escena: El empresario convoca un día a unos cuantos apoderados y forma un corro con ellos; el empresario se coloca en medio y se venda los ojos, y empieza a dar vueltas con las manos extendidas; de pronto se para y pone la mano en el hombro de un apoderado; el empresario pregunta, con voz cariñosa e insinuante: "¿Quién es?" El otro contesta: "El apoderado de Pepe Pérez". "Muy bien —replica el empresario—, cuanto con él para el próximo domingo." Y repetido este juego dos veces más, a fijar los carteles. Pues, como decía, entre la Empresa que hace esto y el publiquito que lo que le importa no es como quede Pepe Pérez, sino de presumir que conoce de vista a su novia, el ir a los toros es algo para pensar lo mucho.

AYER Y HOY DE LA FIESTA

Hablar por hablar

Por JOSE CARLOS DE LUNA



ES sabido que ni anatemas culterianos ni bulas pontificias pudieron dar el traste con las corridas de toros. Fracasaron los Borbones en sus empeños antitaurinos y ya por el año 1493, Isabel la Católica, más conocedora de su pueblo porque también era española, decía a su confesor, fray Hernando de Talavera, en carta de su puño y letra: "... de los toros sentí lo que vos decís, aunque no alcancé tanto; mas luego allí propuse con toda determinación de nunca verlos en toda mi vida, ni ser en que se corran; y no digo defendérselos (prohibirlos), porque esto no era para mí a golas."

El entretenimiento, sin reglas que lo restringieran a lindes de pura diversión, ni normas que lo acomoda-

garan a "un sentido artístico, en duro y brutal", acuciando más al desenfreno de inútiles valentías que a la emulación cuajada en habilidades y garbo varonil.

No vamos a caminar ahora, pluma en ristre, por la senda en que la diversión discurre paso a paso hasta los días que nos alumbran. Doctores tiene la Iglesia que, con la boria en cresta, tejieron la urdimbre histórica con harta minuciosidad y pedantería.

Recordemos, para nuestro propósito, que se dieron por vencidos los destructores, y que hasta con la bendición de Dios se inauguraron Plazas.

Capacitado el lidiador con reglas y normas que burlan los instintos de la fiereza, discurren las corridas de toros por cauces de simple espectacularidad, aunque conservando, hasta no hace mucho, el recio empaque que las elevó al primer plano de las diversiones españolas. Y ya en nuestros días, si Doña Isabel primera levantara su noble cabeza, ni sentiría requiemores en su conciencia de gobernadora, ni, remigadas inquietudes en su feminidad de rubia castellana; podría recrearse con cualquier corrida al uso, acomodada en el palco regio, entre el candor de su Infanzón y la férrea mirada de su confesor. ¡Mas se expuso santafío quebrando cañas que se exponen ahora jugando con becerros! Y si en este sentido ganamos un tanto de convencional civilización, naufragó el garbo en una fuente de natillas.

Cuando Pedro Romero idea matar al toro cara a cara, sin otra ayuda que el estoque y la muleta, se conmueve la afición, porque la quisicosa tenía envidia; y de aquí el entusiasta recibimiento que se le hizo al presentarse en la Plaza con el traje apropiado a la suerte pretendida: calzón y coileto de ante, correa ceñida y mangas acuchilladas de terciopelo negro.

¡Entendárase, frente a frente con un toro de seis o siete años, sin más quebrantamiento que el de su cansancio muscular, no era juego de niños ni motivo de pampalinas a telón corrido!

Pedro Romero salió airoso de su empeño, y desde el momento acontecimiento se empinan las corridas de toros hasta despertar allende, entre temblores y sordos, envidia, bien sentida por mejor acaudalada.

Recibiendo o a volapié, matar al toro constituye el fin apoteósico que el espectador persigue, y el lidiador de toros se llama al que practicaba el arriesgado ejercicio, donde, al arte y la habilidad jugaban su papel, el corazón y a la hombría se encomendó el éxito casi totalmente; esperar al toro a pie firme o ir a él, cuadrándose ante la momentánea quietud de su acometividad salvaje, para darle muerte con arreglo a cánones que repudiaban el linchamiento y hasta excluían la incorrecta penetración del estoque.

A golpes de serenidad y de guapeza se fragua la figura del matador de toros; y el amor propio y la dignidad profesional le engrazan esos días de oro de ley que ambiciona para su adorno la varonil ambición: la popularidad, el dinero, la prestancia... ¡hasta el amor! A sus plantas rinde la sociedad tributo de simpatías y entroniza al maestro sobre los sillares que tallará con su personal esfuerzo.

Comenzó la afición a blandearse, y surgen distingos y alquitaradas apreciaciones; el arte se viste oropeles de comedia, y la suerte suprema se diluye en agua de borrajas. Naturalmente, el calzón y el coileto de ante, el correa ceñida y las mangas acuchilladas suenan a comedia de Lope. Subsiste la necesidad de ir al toro con el estoque a la cara para hundirlo entre las agujas, porque aun no se inventó el mortífero *matasuecos* que lo sustituya evitando el encuentro —aunque todo se andará—. ¿Qué hacer mientras llega el venturoso día?

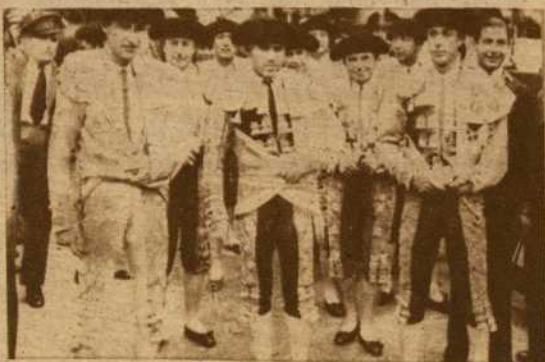
La cosa es fácil, amigo aficionado: se suprime el toro.

—¿Se suprime el toro?

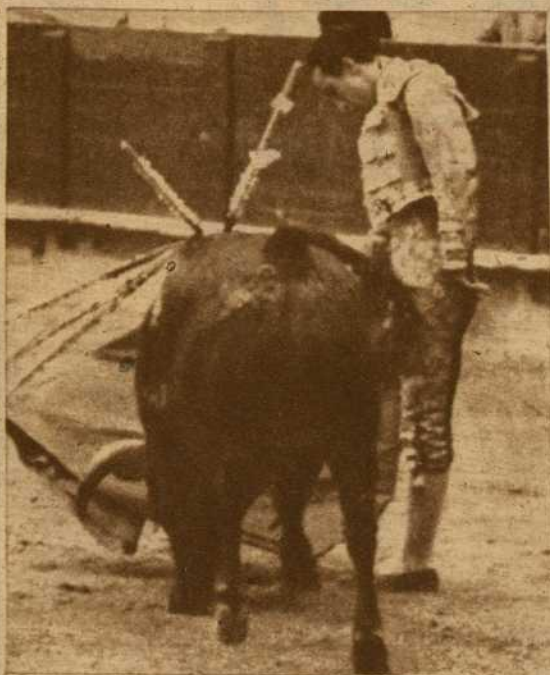
¡Claro, hombre! Se suprime en el toro lo que pueda tener de enemigo peligroso. Porque me figuro que no creará que lo sean esos montoncitos de carne, mezuquinos y peludos, que miran sin ver y tiemblan entre jadeos arrojados, ansioso el tabajero que acabe de desouartizarlos sin do'or, para desbarbarlos luego, ¡también faltos de peso!

DOMINGO Y LUNES, EN BARCELONA

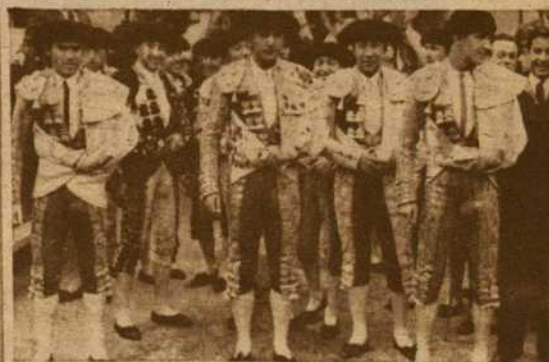
ESTUDIANTE, ARRUZA, ANDALUZ Y MONTANI



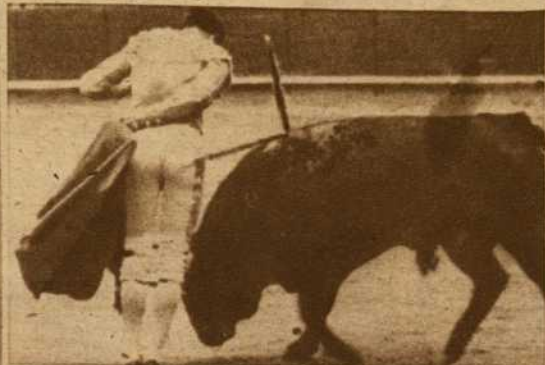
Arruza, Andaluz y El Estudiante, dispuestos a hacer el paseillo



El Estudiante toreando de muleta a su primero



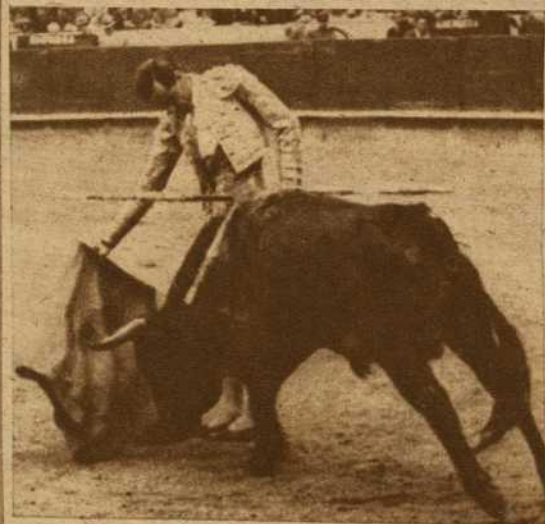
Andaluz, Montani y Arruza, antes de dar comienzo la corrida del lunes



El mejicano ejecutando un pase de su invención



Un adorno de Arruza en la segunda corrida



Arriba: Un derechazo por bajo de Arruza.—Abajo: Otro momento de la faena del mejicano



Un natural de Luis Gómez a su segundo toro.— Abajo: El Andaluz en la faena de muleta



El diestro Montani en un pase de rodillas.—Abajo: Un gran par de banderillas de Arruza. (Fots. Valls.)





El ministro de Trabajo, camarada Girón, en una barrera de la Maestranza de Sevilla



El ministro del Ejército, general Asensio, en su barrera durante la corrida



El director general de Seguridad, don Francisco Rodriguez, en un burladero de la Maestranza



El camarada Sancho Dávila con su señora, en una de las corridas de la feria sevillana

**CARAS
CONOCIDAS
EN LA
MAESTRANZA.**



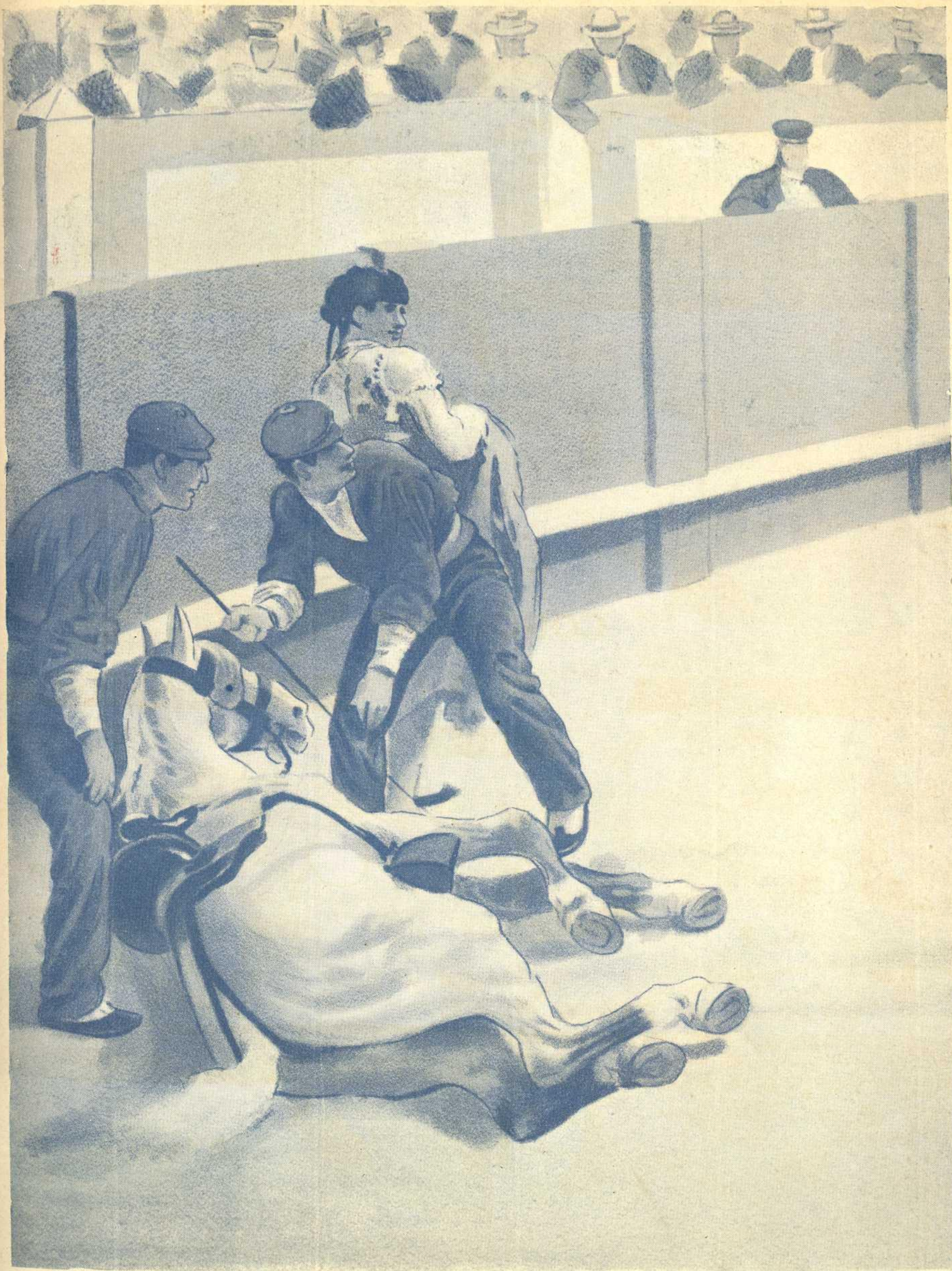
Alvaro Domecq y su esposa, asistentes a la feria sevillana.—Abajo: El conde de Villapadierna con Manolete, acodados en la barrera en la última corrida de la feria



Nuestro director, Manuel Fernández Cuesta, con Raimundo Blanco.—Abajo: El general Sotelo con Marcial Lalanda, también espectadores de estas famosas corridas de feria.

(Fotos Arenas y Mari.)





Levantando el caballo
(Dibujo de Perea.)



Toreros célebres: Ignacio Sánchez Mejías